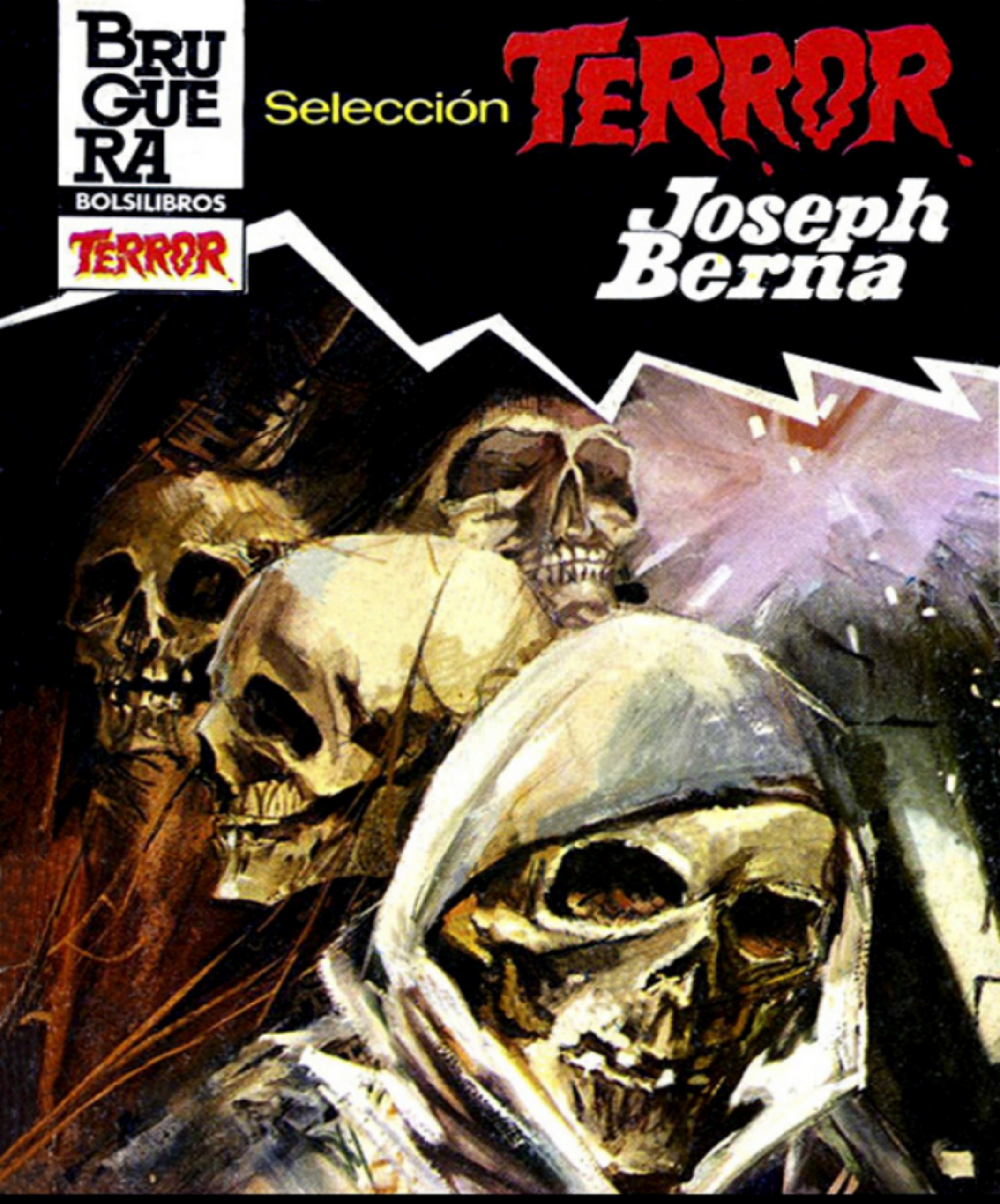


LA MANSION DE LOS ESQUELETOS VIVIENTES

ft

SELECCION

TERROR

JOSEPH BERNA

LA MANSION DE LOS ESQUELETOS VIVIENTES

Colección SELECCION TERROR n.º 546
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 23.135-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: agosto, 1983
1.ª edición en América: febrero, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

Robin Stack se encontraba en la sala de billares de Alex Cook, uno de los locales más populares de Liverpool. Estaba echando una partida con un tipo al que no conocía.

El tipo manejaba muy bien el taco y estaba resultando un rival difícil para Robin, pero éste confiaba en ganarle, pues también era algo muy serio con un taco en las manos.

Además habían apostado diez libras, y Robin no quería perderlas, así que jugaba con los cinco sentidos, para no cometer ningún error y ganar la dura partida.

Robin Stack contaba veintisiete años de edad, era de complexión atlética, tenía el pelo oscuro y rozaba el metro ochenta del estatura. Le gustaba vestir prendas deportivas, así que llevaba unos téjanos azules, una camisa grana, de cuello abierto y botones plateados, y una cazadora negra, muy ligera, que ahora colgaba de la percha, porque se la había quitado para echar la partida.

El rival de Robin falló una carambola, realmente difícil de conseguir, y éste se dispuso a lograr la tacada final. Con un poco de suerte podía conseguir las carambolas que le faltaban para adjudicarse la partida.

Justo cuando Robin iniciaba la tacada entró Trevor Lowell en el local. Era un buen amigo de Robin. Tenía veintiséis años, el pelo rubio y las facciones simpáticas. También vestía prendas deportivas.

Trevor buscó a Robín con la mirada.

La sala de billares era grande y se hallaba bastante! concurrida, como casi siempre, por lo que tardó algunos segundos en localizarlo.

—¡Robin! —lo llamó, en cuanto lo vio, y corrió hacia él.

Stack lo oyó y lo reconoció por la voz, pero no le prestó atención, porque no podía distraerse. El mínimo fallo, a aquellas alturas de la partida, podía llevar a la derrota, así que siguió totalmente concentrado en el juego.

Trevor pensó que su amigo no le había oído y lo volvió a llamar.

—¡Eh, Robin!

Este siguió manejando el taco y logrando carambolas.

Trevor, extrañado, alcanzó la mesa de billar en la que jugaban Robin y el otro tipo.

—¿Te has quedado sordo de repente, Robin?

-No.

—¿Y por qué no me has hecho caso?

—Estoy jugando, ¿es que no lo ves?

—Las carambolas se hacen con el taco, no con la lengua.

—Cállate, Trevor.

—Pero...

—Obedece o te arreo con el taco en la cabeza.
—¡Lo que tengo que decirte es muy importante, Robin!
—Más importante es esta partida. Hay diez libras en juego.
—¡Maldita sea! —barbotó Lowell, contrariado porque su amigo no le hacía caso.
Stack conseguía una carambola tras otra.
Lo mismo daba que fueran fáciles que difíciles.
No fallaba ninguna.
Manejaba el taco con una seguridad asombrosa.
Su contrincante empezó a dar por perdida la partida y las diez libras, porque parecía que Robin iba a terminarla con su magnifica tacada.
Trevor, que ardía en deseos de hablar con su amigo, volvió a la carga a pesar de la amenaza.
—Robin...
Este no respondió.
El rubio insistió.
—Robin...
—Silencio, Trevor —ordenó Stack.
—No puedo esperar, tengo que decírtelo.
—Si me haces fallar, prepárate —advirtió Stack—. Te va a salir un chichón en la testa, tan colosal que parecerá que lleves sombrero hongo.
Lowell emitió una risita.
—Eso ha tenido gracia, Robin.
—Cierra el pico de una vez, ¿quieres?
El rubio carraspeó y dijo:
—Se ha muerto, ¿sabes?
A Stack se le fue el taco al oír lo del muerto, no pudo evitarlo, y falló la carambola, lo que alegró enormemente a su rival, que ya había perdido toda esperanza de ganar la partida.
—¡Maldita sea! —rugió enfurecido, y se volvió hacia su amigo con el taco en alto, agarrado por el extremo delgado.
Lowell dio un salto hacia atrás.
—¡Lo siento, Robin! —se apresuró a disculparse.
—¡El taco es lo que vas a sentir, Trevor!
—¡Cálmate, te lo ruego!
—¡Te advertí que te cascaría si me hacías fallar!
—¡Todavía no has perdido la partida, Robin!
—¡No importa!
—¡Dejaré que me hagas el sombrero hongo si pierdes, te lo prometo!
Para que Robin no le atizara con el taco, Trevor daba vueltas

alrededor de la mesa de billar y no se dejaba alcanzar.

Robin resopló y se detuvo.

—Está bien, aplazaré mi venganza hasta que se acabe la partida —masculló—. Y entonces... —movió el taco significativamente.

Trevor sonrió nerviosamente.

—Verás como todavía la ganas.

Robin bajó el taco y miró a su contrincante.

—Adelante, amigo.

El tipo comenzó a hacer carambolas, pletórico de moral.

Estaba seguro de ganar la partida.

Y las diez libras.

Trevor Lowell tragó saliva con dificultad al ver lo bueno que era el rival de Robin Stack.

—Madre mía... —murmuró, y se llevó la mano a la cabeza de forma instintiva.

Parecía buscar el chichón que pensaba hacerle Robin con su taco.

Stack, serio como un difunto, contaba las carambolas que iba consiguiendo su rival.

Le faltaban sólo cinco para ganar la partida.

Cuatro.

Tres.

Dos...

—¡Ha fallado! —exclamó Trevor, respingando de alegría—. ¡Ha fallado, Robin!

Era cierto.

El tipo había fallado una carambola, seguramente por un exceso de confianza, pues no entrañaba demasiada dificultad.

El caso es que no había logrado la carambola y con su fallo le devolvía a Robin la posibilidad de ganar la partida y las diez libras.

—¡Qué mala suerte! —se lamentó el tipo.

—¡Adelante, Robin! —exclamó Trevor—. ¡Demuestra que eres el mejor!

Stack lo miró severamente.

—No quiero oírte ni respirar, ¿entendido?

—Si no respiro me moriré.

—Pues que te entierren.

—Como a mi tío.

-¿Qué?

El rubio tosió.

—Luego te lo contaré, Robin. Ahora sólo debes pensar en ganar la partida. Hay diez libras y un chichón colosal en juego.

Stack reprimió una sonrisa y empezó a hacer carambolas.

No le faltaban muchas, y como Lowell no le distrajo esta vez, no falló ninguna y se adjudicó la partida.

***

Trevor Lowell dio un salto de alegría.

—¡Te dije que aún podías ganar, Robin!

Stack esbozo una sonrisa.

—De vuelta te has librado, rubio.

Su rival, desencantado, se deshizo del taco, se metió la mano en el bolsillo y extrajo unos billetes doblados.

—Mis diez libras —dijo, entregándole el dinero a Robin.

—Gracias, amigo.

—Me darás la revancha, ¿verdad?

—Cuando quieras.

—Ya nos veremos.

—Adiós, amigo.

El tipo se alejó y Robin se guardó las diez libras en el bolsillo derecho del pantalón.

Trevor se acercó y le palmeó la espalda.

—Eres genial, Robin.

—Ya puedes hablarme del muerto, Trevor.

—Se trata de Richard McLeod, un tío mío, al que hacía años que no veía.

—Nunca me has hablado de él.

—Por eso, porque hace muchos años que no he pisado su casa. Tío Richard vivía en Escocia. A unos treinta kilómetros de Glasgow, aproximadamente. En una mansión, ¿sabes?

—¿Era rico?

—Bueno, dinero no tenía demasiado, según su abogado. Pero poseía la casa. Es una mansión antigua, pero está bastante bien conservada. Y las tierras que la rodean pertenecían también a mi tío.

—Entonces debe valer una «pasta».

—¡Seguro!

—¿Y quién ha heredado la mansión?

-¡Yo!

Stack respingó.

-¿Tú?

– ¡Yo, Robin, yo!

—¡Chico, eso es magnífico!

Los dos amigos se abrazaron.

Después, Lowell dijo:

—¿Comprendes ahora por qué tenía tanta prisa por hablar contigo, Robin?

—Desde luego. ¡No se hereda una mansión todos los días, Trevor!

—Bueno, la verdad es que la he heredado a medias.

-¿Qué?

—Verás, tío Richard tenía otro sobrino. Sobrina, para ser exactos.

—Vaya.
—Se llama Stelle Jones. Tampoco te he hablado nunca de la prima Estelle, ¿verdad?
—Jamás.
—Vive en Londres.
-Ya.
—Ella también hace muchos años que no pone los pies en la escocesa mansión de tío Richard. Pero los va a poner muy pronto. Y yo también, porque vamos a viajar los dos a Escocia. Los cuatro, mejor dicho.
—¿Cuatro? —respingó de nuevo Stack.
—Verás, la prima Stelle irá acompañada de Danny Moore, su novio. Y yo pienso llevar a Roxana Baker. La conoces, ¿verdad?
—Sí, claro.
—Vamos a pasar el fin de semana en la mansión, y Stelle y yo decidiremos si la vendemos o la conservamos.
—Entiendo.
—¿Te gustaría venir, Robin? —sugirió Lowell.
—¿Me estás invitando, Trevor?
-Sí.
—¡Acepto encantado!
—¡Magnífico! ¡Así seremos seis!
—Cinco —corrigió Stack.
—Seis —insistió Lowell.
—¿Quieres decir que valgo por dos?
El rubio rió.
—Tienes que llevar a una amiga, Robin, porque si no te pondremos los dientes largos.
—Oh, entiendo.
—¿Por qué no invitas a Christie Duncan?
—¿Christie?
—Sé que te gusta mucho, Robin.
—Es verdad, pero no querrá venir.
—¿Por qué?
—Últimamente la tengo de uñas.
—Habla con ella, Robin. Tú también le gustas mucho y sé que acabarás convenciéndola.
—De acuerdo, hablaré con Christie —sonrió Stack.

CAPITULO II

Christie Duncan se estaba duchando, pero el rumor del agua no le impidió oír el timbre de su apartamento. Y es que había dejado entornada la puerta del baño, por si acaso llamaba alguien. De haberla cerrado no se habría enterado, porque otras veces había sucedido así.

La muchacha, que acababa de cumplir los veintidós años de edad, cerró la llave de la ducha y atrapó la toalla, secándose el cuerpo con rapidez.

Un cuerpo esbelto, armonioso, precioso de verdad.

Christie había evitado mojarse el cabello, colocándose un gorro de baño. Cuando se lo quitó, la rubia melena cayó sobre sus hombros, acariciándolos con suavidad.

La joven se colocó una bata corta y salió rápidamente del baño, atándose el cinturón por el camino.

El timbre volvió a sonar.

Christie alcanzó la puerta y abrió, aunque sin desenganchar la cadena de seguridad, porque era de noche y había que tomar precauciones.

—Robin... —murmuró, sorprendida, porque no esperaba que fuera él.

Robin Stack la obsequió con su mejor sonrisa.

—Hola, Christie.

La muchacha, repuesta de su sorpresa, frunció el ceño y gruñó: —¿Qué diablos quieres?

—Hablar contigo.

—No son horas.

—No podía esperar a mañana, Christie.

—¿Por qué?

—Déjame entrar y te lo explicaré.

—Ni hablar.

—¿Qué pasa, no te fías de mí?

—Ni un pelo.

—Vaya, veo que sigues enfadada conmigo.

—Así es.

—Hagamos las paces, Christie.

—Contigo no quiero hacer nada.

—Te equivocas si crees que he venido a lo que estás pensando.

—Es lo único que te interesa de mí.

—No es cierto, Christie.

—Lárgate, Robin.

—Por favor, déjame entrar.

—No,

Stack lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien, me marcho. Pero mañana no podré hablar contigo, Christie.
—¿Porqué?
—Salgo para Escocia después de comer.
—¿Escocia?
—Sí.
—¿Qué se te ha perdido a ti en Escocia? —preguntó la joven, intrigada.
—Me han invitado a pasar el fin de semana en una mansión cercana a Glasgow.
—¿En una mansión, dices?
-Si.
—¡Eso no te lo crees ni tú!
—Es la verdad, nena.
—¿De quién es la mansión, vamos a ver?
—Ahora, de Trevor Lowell.
Christie Duncan soltó una sonora carcajada.
—¡Trevor dueño de una mansión!
—Te lo juro, cariño. Era de un tío suyo. Un tal Richard McLeod. El hombre ha muerto y Trevor ha heredado su mansión. Bueno, la mitad de su mansión, para ser exacto.
—¿La mitad?
—Sí, la otra mitad la ha heredado Estelle Jones, una prima suya que vive en Londres.
Christie entrecerró los ojos.
—¿Seguro que no me estás tomando el pelo, Robin?
—Te doy mi palabra. Trevor y Estelle han decidido pasar el fin de semana en la mansión que han heredado. Trevor llevará a Roxana Baker, y Estelle, a Danny Moore, su novio. Trevor quiere que vaya yo también, y me sugirió que llevara a una amiga. Así seremos tres parejas y lo pasaremos mejor.
—¿Y has pensado en mí?
—No podía pensar en otra, Christie.
—¿Por qué no? Tú tienes muchas amigas, Robin.
—Pero gustarme de verdad, sólo me gustas tú.
—Sobre eso habría mucho que discutir.
—No tengo prisa, así que déjame entrar y lo discutiremos con calma.
—Otro día.
—Muy bien, como quieras —rezongó Stack—. Te veré cuando regrese de Escocia —añadió, e hizo ademán de largarse.
—Un momento, Robin.
—¿Qué quieres?
—Yo no he dicho que no desee ir a Escocia.

—No lo has dicho, pero lo adivino.
—Pues tira tu bola de cristal, porque no sirve.
Stack se quedó mirándola fijamente.
—¿Vas a venir conmigo, Christie?
—Sí.
—¿De verdad?
—La idea de pasar un fin de semana en una mansión es demasiado tentadora como para rechazarla.
—Si aceptas mi invitación, es que ya no estás enfadada conmigo.
—Te equivocas.
—Entonces vale más que no te lleve a Escocia.
—¿Por qué?
—Me amargarás el fin de semana.
—Bueno, puede que se me pase el enfado por el camino —sonrió ligeramente la muchacha.
Stack sacudió la cabeza.
—No puedo arriesgarme, Christie. O se te pasa el enfado ahora...
—O invitas a otra, ¿no?
—No, me quedaré en Liverpool.
—Eso no me lo creo. Irás a Escocia de todos modos.
—Sin ti no me apetece ir, té lo aseguro.
—Palabras.
—Piensa lo que quieras.
Christie Duncan suspiró.
—De acuerdo, tú ganas. Ya no estoy enfadada contigo.
—Abre la puerta, pues.
Christie, tras unos segundos de vacilación, desenganchó la cadena de seguridad y abrió la puerta.
Robin se coló rápidamente en el apartamento.
—Cierra, nena, que hay corriente.
—Mucha cara, eso es lo que hay —gruñó la muchacha, y cerró la puerta.
Stack se apresuró a rodearle la cintura y se dispuso a besarla en los labios, pero ella le frenó.
—Nada de besos, Robin.
—Has dicho que ya no estás enfadada conmigo.
—Sí, pero...
—Demuéstramelo.
—Me obligas a mostrarme cariñosa contigo, ¿eh?
—Si quieres que pasemos el fin de semana en esa mansión escocesa, no tendrás más remedio que serlo.
—Eso es chantaje.
—No, es otra cosa mucho más noble y sincera —sonrió Robin, y la besó.

Esta vez, Christie no hizo nada por impedirlo.

En el fondo, estaba deseando que Robin la besara y la estrechara con fuerza, porque le quería de verdad.

CAPITULO III

El Ford-Fiesta de Trevor Lowell llevaba ya un par de horas rodando por la carretera, en dirección a Glasgow. El rubio era un buen conductor y manejaba el volante con seguridad.

A su lado iba Roxana Baker, una de sus amigas preferidas.

Roxana tenía veintitrés años, el pelo castaño y los ojos azulados.

Era una chica muy atractiva, con un cuerpo espléndido. Vestía unos téjanos color caña y una camiseta amarilla, que le ceñía descaradamente el busto.

Y, como no llevaba sujetador, bastaba con echarle una breve ojeada a sus marcados senos para sentir deseos de acostarse con ella. Trevor, deliberadamente, cogía de vez en cuando un bache y en seguida miraba el formidable busto de Roxana, para ver cómo se agitaba.

El rubio era así de zorro.

—Cómo saltan, cómo saltan... —murmuró, tras el último bache.

Roxana lo miró.

—¿Decías algo, Trevor?

—No, nada.

—Estás cogiendo muchos baches, ¿no? —observó Robin Stack, que iba en el asiento de atrás junto a Christine Duncan.

—Trato de esquivarlos, te lo aseguro —respondió el rubio—. Pero hay tantos...

—Tal vez si le prestaras más atención a la carretera y menos al busto de Roxana, pillarías menos baches —habló Christie, que se había dado cuenta de ello.

Roxana se echó a reír.

—¡Creo que tienes razón, Christie!

—Desde luego que la tiene —dijo Robin, riendo también.

Lowell tosió.

—Os aseguro que yo no...

—¡Pícaro! —exclamó Roxana, y le dio un cachete.

El rubio acabó riendo también.

Al atardecer llegaban a la mansión del difunto Richard McLeod.

Trevor detuvo el coche y salieron los cuatro de él.

—Bueno, decidme qué os parece —habló el rubio, en vista de que Robin, Christie y Roxana no hacían ningún comentario.

Los tres observaban la casa, en silencio.

—Es muy grande, Trevor —opinó Robin.

—Y muy antigua —añadió Christie.

—Yo la encuentro un tanto siniestra —confesó Roxana.

—¿Siniestra? —repitió Trevor.

-Si.

—¿Por qué?

—No sé, pero me recuerda bastante a esos caserones que aparecen en las películas de terror, en los que suele ocurrir de todo. ¿A vosotros no?

—Te aseguro que aquí vivía mi tío, no el conde Drácula. Ni el doctor Frankenstein. Ni el hombre lobo.

Robín rió.

—¿Seguro que no hay vampiros, Trevor?

—¿Qué quieres, asustar a las chicas? —gruñó el rubio.

—Oye, te recuerdo que al conde Drácula, al doctor Frankenstein y al hombre lobo los has nombrado tú, no yo —repuso Robin.

—Será mejor que entremos —rezongó Trevor.

—¿Y tu prima Estelle y su novio? —habló Roxana.

—Ya llegarán, no te preocupes.

Caminaron los cuatro hacia la puerta, muy grande y sólida vamos a entrar, entonces? —exclamó

Más parecía la puerta de un castillo.

—¿Tienes la llave, Trevor? —preguntó Robin.

—No.

—¿Cómo vamos a entrar, entonces? – exclamó Christie.

—Llamando. Alguien nos abrirá.

—¿Tenía sirvientes tu tío? —preguntó Roxana.

-Claro, al menos los tenía cuando yo estuve aquí por última vez.

—De eso hace mucho tiempo, según dijiste —recordó Robin.

—Sí, es cierto. Pero una casa tan grande como ésta no puede estar sin criados.

—Pronto lo sabremos —dijo Christie.

Trevor tiró del llamador.

Al otro lado de la gruesa puerta sonó una campana.

Roxana se estremeció ligeramente.

—¿Es que no hay luz eléctrica, Trevor?

—Claro que hay luz eléctrica.

—¿Y por qué no instaló tu tío un timbre?

—Prefería el sonido de la campana.

—Pues tiene un sonido bastante siniestro…

—¡Diablos!, a ti todo te parece siniestro —barbotó Lowell.

Roxana se mordió los labios.

—Lo siento, Trevor. No era mi intención molestarte.

—Está bien, olvídalo.

Roxana le dio un beso, pero Trevor siguió con el semblante serio.

Robin carraspeó.

—Parece que no hay nadie, Trevor.

—No puede ser.

—No acuden a abrir.

—Porque no habrán oído la campana —repuso Trevor, y la hizo

sonar de nuevo.

Roxana volvió a estremecerse, porque la verdad es que la campana tenía un tañido extraño que impresionaba lo suyo.

Robin y Christie cambiaron una mirada.

Christie también parecía nerviosa.

Al igual que Roxana, vestía unos vaqueros color hueso y una camiseta, de color azul. También la ceñía muy sugestivamente, pero como llevaba sujetador la cosa no resultaba tan descarada.

Habían pasado ya dos minutos desde que Trevor hiciera sonar la campana por segunda vez, pero la puerta seguía cerrada.

—Maldita sea —barbotó el rubio.

—No hay nadie en la casa, Trevor, convéncete —di jo Robin.

—¿Cómo es posible?

—Bueno, quizá al morir tu tío los sirvientes abandonaron la casa.

—Sí, eso debió suceder —opinó Christie.

—Debí preguntárselo al abogado de mi tío, pero no se me ocurrió —rezongó Lowell.

—¿Le dijiste que Estelle y tú pensabais venir a la mansión, Trevor? —preguntó Stack.

—No, porque todavía no había hablado con ella.

—Entiendo.

—Bien, ¿qué hacemos? —preguntó Christie.

—Creo que deberíamos volver a Liverpool —opinó Roxana.

—¿Volver? —exclamó Trevor.

—Si no podemos entrar en la casa…

—¿Quién ha dicho que no? ¡Si no podemos entrar por la puerta, entraremos por la ventana!

—Eso es allanamiento de morada —bromeó Stack.

—¡Es mi casa, Robin!

—Y la de tu prima Estelle.

—¡Exacto!

—Ya debería estar aquí, ¿no crees?

—¿Olvidas que ella viene de Londres, Robin?

—Está más lejos que Liverpool, ya lo sé. Pero pudo salir mucho antes que nosotros.

Roxana intervino:

—Quizá llegó y, como nadie les abría, ella y su novio se marcharon.

—¿Sin esperarnos? —repuso Trevor—. No, Estelle jamás haría una cosa así. Quedamos en pasar el fin de semana aquí, en la mansión de tío Richard que ahora nos pertenece, y eso es lo que vamos a hacer.

Roxana, Robin y Christie no replicaron.

—Vamos a ver por dónde podemos penetrar en la casa —dijo Lowell.

—Espera, Trevor. Primero debemos tantear la puerta —repuso

Stack.

—Es demasiado sólida para intentar forzarla.

—No estoy pensando en forzarla. Cabe la posibilidad de que no esté cerrada con llave.

—¿Tú crees?

—Probemos —dijo Stack, colocando ambas manos en la gruesa puerta.

En cuanto empujó la puerta se abrió, con un agudo chirrido de goznes.

Lowell dio un respingo de alegría.

—¡Tenías razón, Robin! ¡No estaba cerrada con llave!

—Bien, ya podemos entrar, Trevor —sonrió Stack.

—¡El dueño primero! —dijo el rubio, y penetró en la casa.

Stack rió también.

—Vamos, chicas —dijo, cogiendo del brazo a Christie y Roxana.

Entraron los tres en la casa.

Trevor ya estaba accionando el interruptor de la luz que se veía junto a la puerta, pero no se encendió ninguna lámpara.

—Maldita sea —rezongó.

—¿Qué sucede, Trevor? —preguntó Robin.

—No puedo encender las luces del vestíbulo. O el interruptor está averiado o es que no hay corriente.

—Quizá esté cortada.

—Bueno, de momento encenderemos un candelabro. Allí hay dos.

—Bien.

Trevor fue hacia los candelabros.

Como aún no había anochecido, la luz del exterior penetraba por la abierta puerta e iluminaba en parte el vestíbulo, que era enorme. También podía verse la larga escalera que había al fondo.

Los candelabros, muy artísticos, descansaban sobre un mueble.

Trevor los encendió los dos con su mechero y después cogió uno.

—Ya podéis cerrar la puerta. Echaremos un vistazo a la casa —dijo, sonriente.

Robin cerró la pesada puerta.

Y fue entonces cuando descubrieron lo que había escrito detrás de la misma:

ABANDONAD LA CASA O TODOS MORIRÉIS.
LOS ESQUELETOS VIVIENTES.

CAPITULO IV

Robin Stack, que fue el primero en leer las palabras escritas en la puerta, con un pedazo de tiza al parecer, se quedó tan quieto como callado.

Roxana Baker, en cambio, pegó un salto hacia atrás y lanzó un chillido de terror.

—¡Trevor!

Christie Duncan no saltó ni chilló, pero agarró del brazo a Robin y se lo apretó con fuerza, al tiempo que dejaba escapar un gemido de pánico.

—Dios mío, Robin... —pronunció, sin apenas voz. Stack continuó quieto y con los ojos clavados en la puerta.

Trevor Lowell ya se aproximaba con el candelabro.

—No temáis, es sólo una broma de mal gusto —dijo.

—¿Broma? —repitió Roxana, que temblaba como una hoja.

-Sí.

—¿De quién, Trevor? —preguntó Robin.

—De Estelle, naturalmente.

—Si todavía no ha llegado —murmuró Christie.

—Sí que ha llegado, con su novio. No hemos visto su coche porque lo han escondido, pero están aquí. Estelle conoce la leyenda, lo mismo que yo, y se le ocurrió gastarnos esta broma para asustarnos. ?

—¿De qué leyenda hablas, Trevor? —inquirió Robín.

—Es tan vieja como ridícula. Un cuento qué no se lo creerían ni los niños. No vale la pena hablar de ello.

– Quiero conocer esa leyenda, Trevor.

—Es absurda. Robín, te lo aseguro. Por eso no os dije nada.

—No importa, háblanos de ella.

– Pero...

—Yo también quiero conocer la leyenda, Trevor—dijo Christie.

—Y yo —habló Roxana.

—Todavía estáis asustadas a causa de la broma de Estelle, y queréis escuchar leyendas —rezongó Lowell—. ¿Seguro que no os asustaréis más y diréis que queréis regresar a Liverpool?

—Se quedarán, no te preocupes —aseguró Stack—. Y ahora, cuéntanos esa leyenda tan ridícula.

—Está bien —accedió el rubio, dando un suspiro—. La leyenda cuenta que hace muchos años, tal vez siglos, en esta casa murieron varias personas envenenadas. Se celebraba una fiesta y alguien tuvo la mala idea de echar un terrible veneno en el vino. Según la leyenda, fue cosa del dueño de la casa, que quería desembarazarse del amante de su mujer. Y como si lo envenenaba sólo a él le señalarían todos con el dedo inmediatamente, se cargó a varios de los invitados.

Sospecharon igual de él, pero no pudieron acusarle.
—Continúa, Trevor —rogó Robin.
—Lo ridículo viene ahora —sonrió el rubio—. Según la leyenda, los esqueletos de las personas que murieron envenenadas en esa fiesta cobraron vida algunos años después, abandonaron sus tumbas y vinieron a esta casa, instalándose en ella. Por las noches se dejaban ver, aterrorizando al dueño de la casa, a su mujer y a la servidumbre. El dueño se volvió loco y se arrojó por una ventana, matándose. La mujer enloqueció también y se clavó un puñal en el pecho. Y los criados huyeron despavoridos, medio locos también. En muchos años nadie puso los pies en esta mansión. Tenían miedo de acercarse por si los esqueletos vengadores continuaban en la casa. La llamaban «La mansión de los Esqueletos Vivientes». Con el paso del tiempo, lógicamente, el temor fue decreciendo y algunas personas se atrevieron a entrar en esta casa, no encontrando ni rastro de los supuestos esqueletos vengadores. Por lo visto, habían regresado a sus tumbas y descansaban tranquilos. ¿No es para mondarse de risa?
No debía serlo, porque Robin, Christie y Roxana no rieron.
Ni siquiera sonrieron.
La leyenda les había impresionado profundamente. De manera especial a las dos chicas.
Trevor dejó de mostrarse risueño.
—¡Eh!, ¿qué diablos os pasa? —exclamó—. ¿Por qué ponéis esas caras? ¿Acaso no os divierte la leyenda de los esqueletos vivientes? .
—Es una historia terrible, Trevor —opinó Stack.
—¡Pero es un cuento, Robín!
—Aun así, no es fácil reírse de ella.
—Desde luego que no —dijo Christie.
—A mí me ha puesto los pelos de punta —confesó Roxana.
Lowell soltó un gruñido.
—¿Te das cuenta, Robin? Me obligaste a hablar de la leyenda y ahora estáis asustados.
—Yo no estoy asustado, Trevor. Sabes que no temo a nada ni a nadie.
—Las chicas si están asustadas, Robin. Mucho más que antes. No debí contaros la leyenda.
—Tenías que hacerlo, Trevor, después de lo que leímos en esta puerta —Stack miró de nuevo las palabras escritas con tiza en la gruesa madera—. Necesitábamos una explicación.
—Bueno, pues ya la tenéis —rezongó el rubio.
—¿Seguro que eso lo escribió tu prima Estelle, Trevor? —preguntó Christie.
—¡Pues claro! Sólo ella sabía que íbamos a venir, así que nadie más pudo gastarnos la broma. Estelle y su novio llegaron antes que

nosotros, prepararon la broma y se escondieron. Seguro que están arriba, mondándose de risa —mascullό Lowell, mirando hacia la escalera que se veía al fondo del vestíbulo.

Robin, Christie y Roxana miraron también hacia allí, pero no vieron ni oyeron reír a nadie.

—Venid conmigo —indicó Trevor—. Los encontraremos y le daré unos cuantos azotes a Estelle en el trasero, aunque a su novio no le guste. Así aprenderá a no gastar bromas pesadas —añadió.

Como el rubio había echado a andar, con el candelabro en las manos, Robin, Christie y Roxana le siguieron.

Sólo habían dado unos pasos cuando la campana dejó oír su siniestro tañido.

Christie y Roxana chillaron a dúo.

Como Robin estaba más cerca de ellas que Trevor, se abrazaron las dos a él, absolutamente aterrorizadas.

—¡Calma, preciosas! —exclamó Stack.

Lowell escupió una maldición y corrió hacia la puerta, abriéndola.

Como ya suponía, eran Estelle y su novio.

***

Estelle Jones tenía veinticuatro años de edad, el cabello rojizo, y los ojos castaños. Era guapa y estaba muy bien de formas. Vestía una blusa de tirantes y escote pronunciado, color lila, y una faldita blanca que apenas le llegaba a la mitad del muslo, lo que le permitía exhibir sus bonitas piernas.

Danny Moore aparentaba unos veintiocho años, era alto, de aspecto sano y fuerte, y tenía las facciones agradables. Vestía un impecable traje de verano y calzaba unos zapatos magníficos.

Evidentemente, el novio de Estelle no tenía apuros económicos.

El coche que ahora se veía frente a la mansión, detrás del Ford-Fiesta de Trevor Lowell, un Opel-Monza plateado, era suyo.

Estelle Jones levantó los brazos, como para abrazar a Trevor Lowell.

—¡Hola, primo! —exclamó, con una amplia sonrisa.

Trevor, que seguía con el gesto agrio, le pasó el candelabro al novio de su prima.

—Tenme esto un momento, Danny.

Moore se hizo cargo del candelabro, preguntando:

—¿Qué pasa, es que no hay luz?

Lowell no respondió.

Lo que hizo fue agarrar bruscamente a su prima de un brazo, la obligó a entrar en la casa y la llevó hasta un sillón. Se sentó en él y tumbó a su prima sobre sus rodillas, boca a abajo.

—¿Pero qué haces? —exclamó Estelle, sorprendida.

Su novio también parecía muy sorprendido.

Trevor, sin pronunciar palabra, la levantó la faldita a su prima y la dejó con el trasero prácticamente al aire, porque Estelle llevaba unas braguitas tan pequeñas que apenas cubrían nada.

Un par de segundos después la mano derecha del rubio caía con fuerza sobre las redondeadas y prietas posaderas de su prima, arrancándole un grito de dolor.

—¡Trevor! ¿Es que te has vuelto loco? —preguntó Estelle.

Lowell le dio otro azote.

Y otro.

Y otro más.

Estelle, entre grito y grito, chilló:

—¡Socorro, Danny! ¡Líbrame de este salvaje!

Moore, que no podía creer lo que estaba viendo, reaccionó y fue hacia Trevor, pero éste ordenó: —¡Quieto, Danny, o Robin te hará probar la dureza de sus puños! ¡Ha sido boxeador profesional!

Esto último era cierto, pero el novio de Estelle se quedó parado y miró a Robin Stack.

—¿Boxeador profesional?

Robin asintió con la cabeza y dijo:

—Setenta K.O., un solo combate nulo y ninguna derrota.

—Menudo palmarés… —murmuró Danny, impresionado.

Trevor sonrió y continuó castigando a su prima, hasta completar la docena de azotes. Entonces le bajó la faldita y la soltó, diciendo: —Espero que esto te haya quitado las ganas de gastar bromas pesadas, Estelle.

La pelirroja se irguió, furiosa, y se llevó las manos al dolorido trasero.

—¿De qué demonios hablas, Trevor?

—De la leyenda de los esqueletos vengadores.

CAPITULO V

Estelle Jones tuvo un claro estremecimiento.

—¿La leyenda de qué?

—Oh, vamos, deja ya de fingir —rezongó Trevor Lowell, levantándose del sillón—. La broma ha terminado, Estelle.

—¡Te juro que no sé de qué estás hablando, Trevor!

—¡De los esqueletos vivientes!

La pelirroja se estremeció de nuevo.

—¿Esqueletos vivien...? —no fue capaz de completar la frase.

Lowell la agarró del brazo.

—¡Qué bien finges, condenada!

—Creo que no está fingiendo, Trevor —intervino Robin Stack.

—¡Claro que está fingiendo!

Robin se separó de Christie Duncan y Roxana Baker y alcanzó la puerta, cerrándola, para que Estelle y su novio pudieran ver lo que había escrito en ella.

—¿Escribisteis vosotros esto, Estelle? —preguntó.

La pelirroja y su novio lo estaban leyendo ya.

Danny Moore quedó visiblemente impresionado.

Y su novia, aún más que él.

—¿Cómo Íbamos a escribirlo, si acabamos de llegar? —dijo Danny.

—Llegasteis antes que nosotros! —barbotó Trevor.

—¿Pero qué dices? —exclamó Estelle—. ¡Vosotros estabais en la casa cuando nosotros llegamos!

Las expresiones de Danny y Estelle parecían tan sinceras que Trevor empezó a dudar también.

—Júrame que no es cosa vuestra, Estelle.

—¡Lo juro por lo más sagrado!

—Y yo—dijo Danny.

Lowell intercambió una mirada con Stack.

Después miró a Christie y Roxana.

Las dos se veía realmente asustadas, porque si no había sido una broma de Estelle y Danny...

—Debió escribirlo otra persona —dedujo Trevor.

—¿Quién? —preguntó Robin.

—No lo sé. Alguien que conoce la leyenda, que suponía que íbamos a venir y que tiene un macabro sentido del humor. Alguno de los criados, probablemente. O tal vez Charles Wilson, el abogado de tío Richard. Parece tener interés en que vendamos la mansión. Al menos, esa impresión me dio, cuando hablé con él. ¿A ti no, Estelle?

—Sí, también —asintió su prima.

—Entonces debe ser cosa suya. Quiere asustarnos, para que le encarguemos la venta de la mansión cuanto antes. Pero le va a salir el

tiro por la culata, porque ni nos vamos a asustar, ni vamos a vender la casa. ¿Verdad que no, Estelle?

—Ya lo decidiremos, Trevor. De momento, sólo puedo decirte que me duele el trasero —rezongó la pelirroja, masajeándose las nalgas.

Lowell tosió.

—Lo siento, prima. Estaba tan convencido de que se trataba de una broma tuya que...

—Eres un bruto, Trevor. Debiste preguntar, antes de sacudir.

—Perdóname, Estelle.

—Explícame lo de la leyenda.

—La conocías tan bien como yo, Estelle. Tío Richard solía hablarnos de ella. Y se reía mucho cada vez que lo hacía.

—Yo era muy niña, Trevor. Y no he vuelto por aquí desde entonces, así que lo he olvidado por completo.

—Yo también era un niño, pero recuerdo muy bien la leyenda.

—Tendrás más memoria que yo, pues.

—Sí, eso debe ser —sonrió Lowell.

—Vamos, háblame de la leyenda.

—¿Prometes no asustarte?

—¿Tan terrorífica es?

—A mí me parece infantil y ridícula, pero Robin, Christie y Roxana quedaron bastante impresionados cuando la escucharon —advirtió el rubio—. Por cierto, aún no os he presentado.

—No, sólo te preocupaste de calentarme las posaderas.

Trevor rió e hizo las presentaciones.

—Mucho gusto, boxeador —dijo Danny, cuando estrechó la mano de Robin.

Stack no pudo contener la risa.

—Fue una broma de Trevor —confesó—. Lo mío es el taco de billar, no los guantes de boxeo.

—Me engañaste, bribón —rió también Moore, mirando a Lowell.

—En lo segundo, pero no en lo primero, porque es cierto que Robin tiene los puños duros —repuso el rubio—. Lo sé porque los he probado.

Volvieron a reír los tres, contagiando a Christie, Roxana y Estelle.

Después, Trevor contó de nuevo la leyenda.

A Danny y Estelle también les pareció terrible, así que no se rieron de ella.

—Es una leyenda estremecedora, Trevor —murmuró la pelirroja.

—¿De verdad no recordabas nada de ella, Estelle?

—No, nada en absoluto. Y ahora estoy arrepentida de haberte pedido que me hablaras de la leyenda, porque seguramente tendré pesadillas esta noche.

—No seas niña, Estelle.
—Me temo que yo también tendré pesadillas esta noche —dijo Roxana.
—Y yo —suspiró Christie.
—¡Pero qué tontas sois las tres! —exclamó Trevor—. ¿De verdad creéis que los esqueletos pueden cobrar vida, abandonar sus tumbas, y pasearse por ahí tranquilamente? ¡La leyenda no puede ser más estúpida!
Nadie respondió.
Finalmente, Robin dijo:
—Creo que Trevor tiene razón. Es estúpido sentir miedo de algo que, caso de que ocurriera realmente, sucedió hace muchos años y de lo cual nadie ha vuelto a hablar desde entonces. Debemos olvidarnos por completo de la leyenda y procurar pasarlo lo mejor posible. Lo contrario sería seguir el juego a la persona que escribió eso en la puerta, para asustarnos y obligarnos a abandonar la mansión.
—Pienso como tú, Robin —habló Danny.
—Bien, echemos un vistazo a la casa, muchachos —dijo Trevor.
—Lo primero que debemos hacer es revisar los fusibles —opinó Robin—. Quizá sólo haya que conectarlos, para tener luz en la casa.
—Vamos allá —respondió el rubio.

***

Robin había acertado.
Los fusibles estaban desconectados, y en cuanto los conectaron tuvieron luz eléctrica en toda la casa, así que prescindieron del candelabro.
Empezaron a recorrer la mansión, que, pese a tener muchos años, se conservaba muy bien. Por dentro, además, no resultaba tan siniestra como por fuera.
Los muebles, aunque antiguos, eran buenos y tenían su valor.
La cocina era muy espaciosa y la despensa se hallaba bien surtida, así que no pasarían hambre mientras permaneciesen en la mansión.
También echaron un vistazo por arriba.
Había muchas habitaciones y todas eran amplias.
Las camas estaban bien hechas.
Todo estaba limpio y aseado, como si ni un solo día hubiese dejado de estar atendida la mansión.
Tras la ojeada general a la casa, Christie, Roxana y Estelle se sintieron mucho mejor, pues no hallaron nada que despertase de nuevo su temor.
Sólo en aquellas macabras palabras escritas detrás de la puerta de la mansión y el siniestro tañido de la campana. Lo demás, todo era normal y tranquilizador.
Para ayudar a las chicas a olvidarse de la leyenda, Robin, Trevor y

Danny bromearon con ellas y hablaron de cosas que nada tenían que ver con los esqueletos vivientes.

Incluso las ayudaron a preparar la cena.

Cenaron en el comedor, una de las estancias más amplias.

Después pasaron al salón y allí tomaron café y bebieron sendas copas de coñac. Un coñac excelente, por cierto.

—Esta mansión, aunque antigua, vale mucho dinero —dijo Robin.

—Una fortuna —aseguró Danny.

—¡Somos ricos, prima! —exclamó Trevor, riendo.

—Lo seremos cuando la vendamos —repuso Estelle.

—Y aunque no la vendamos, también. ¿Acaso no es nuestra ya?

—Trevor tiene razón —intervino Christie—. La mansión os pertenece, la habéis heredado legalmente. La vendáis o la conservéis, sois ricos.

—Yo la vendería —opinó Roxana.

—Lo haremos, pero más adelante —dijo Trevor—. Antes disfrutaremos un poco de ella. Podemos venir todos los fines de semana. Los seis. Lo podemos pasar muy bien aquí, aunque al abogado de tío Richard, o a quien sea, no le guste.

—No me desagrada la idea, primo —confesó Estelle.

—Ni a mí —sonrió Danny, pasándole el brazo por los hombros a su novia.

Ella le dio un beso en los labios.

Roxana no quiso ser menos y besó a Trevor.

Y Christie, para no desentonar, besó a Robin.

Como los besos sugerían otras cosas mucho más íntimas, las tres parejas decidieron abandonar el salón y subir a las habitaciones. Antes, sin embargo, salieron de la casa y cogieron las bolsas que llevaban en los coches, en las que portaban lo necesario para pasar el fin de semana en la mansión.

«La mansión de los esqueletos vivientes», según la leyenda.

Una leyenda que se iba a hacer realidad muy pronto.

Aquella misma noche.

CAPITULO VI

Se encontraban ya en las habitaciones.

Las tres tenían baño.

No eran unos baños modernos, pero sí completos, puesto que no faltaba de nada.

—Creo que voy a darme una ducha —dijo Christie.

—¿Ahora? —exclamó Robin.

—Si.

—Mejor será que lo dejes para mañana, cariño.

—Me apetece ahora, Robin.

—A mí me apetece más otra cosa —repuso él, abrazándola y buscando su boca.

Christie emitió una risita, pero no se dejó besar.

—Tú siempre pensando en lo mismo.

—Porque me tienes loco.

—Ya será menos.

—Te lo demostré anoche, ¿no?

—No me pareció que hicieras nada especial.

—¿Que no...? ¡Te hice el amor con más pasión que nunca!

—Claro, porque hacía varios días que no me tenías en tus brazos.

—No fue ésa la razón.

—¿Cuál fue?

—Te quiero, Christie.

—No te creo.

—Te lo juro.

—Si fuera cierto te casarías conmigo.

—No tardaré mucho en pedírtelo, ya verás.

—Seguro que me salen canas esperando que lo hagas.

—¿Qué te apuestas a que no?

—No me apuesto nada, porque no pienso esperar a que te decidas. Si me lo propone otro hombre me casaré con él —aseguró la muchacha.

—¿Aunque no te guste?

—¿Y por qué no me habría de gustar?

—Porque me quieres a mí, Christie.

—¿Me lo has oído decir alguna vez?

—No, pero me lo has demostrado muchas veces. Como yo a ti. Hemos nacido el uno para el otro.

—Eso suena muy bonito, pero...

—Tú sí que eres bonita —la interrumpió Robin, y la besó en los labios, con mucho ardor.

Christie cerró los ojos y se olvidó de la ducha.

En realidad, a ella también le apetecía más lo otro. Había dicho lo

de la ducha para hacerse de rogar un poco.

Robin también cerró los ojos.

Por ello, ninguno de los dos se percató de que la habitación se quedaba repentinamente a oscuras.

Se había ido la luz.

O la habían quitado.

Christie fue la primera en descubrir que en la habitación reinaba la oscuridad. Dio un nervioso respingo y exclamó:

—¿Por qué has apagado la luz?

-¿Qué?

—¡Dejaré que me desnudes aunque esté encendida, no te preocupes!

Robin tardó unos segundos en responder:

—Yo no he apagado la luz, Christie.

-¿Eh?

—No he dejado de abrazarte un solo instante. ¿Es que no lo has notado?

La muchacha se estremeció.

—No me asustes, Robin, por Dios. Si tú no has apagado la luz, ¿quién lo ha hecho?

—Tranquilízate, cariño. Al fin y al cabo, no es la primera vez que tú y yo nos quedamos a oscuras.

—Sí, pero no en «La mansión de los esqueletos vivientes».

—Oh, así que es eso, ¿eh? —sonrió Robin en la oscuridad—. Te sigue asustando la leyenda de los esqueletos vengadores.

—Sí —confesó la joven.

—Pues no debería, porque eso, si pasó, fue hace un montón de años.

—Saca tu encendedor, Robin. No quiero seguir a oscuras.

—Está bien.

Robin se metió la mano en el bolsillo del pantalón, extrajo su mechero de gas y lo accionó. La llama iluminó una parte de la habitación.

—Sobre la cómoda hay un candelabro —indicó Christie—. Enciéndelo, Robin.

—Bien.

Stack aplicó la llama del encendedor a las velas y la habitación se iluminó mucho más.

—¿Qué, ya estás tranquila, nena? —preguntó.

-No.

—¿Qué más quieres que haga?

—Acciona el interruptor de la luz, a ver qué pasa.

Robin lo hizo, dos veces, pero la lámpara del techo no se encendió.

—Prueba con la lámpara de la mesita de noche —indicó Christie.

Stack fue hacia allí y accionó el interruptor, pero la lámpara de la mesita de noche tampoco se encendió.

—No hay luz, Christie.

—¿Por qué?

—Se habrá ido.

—Cuando llegamos tampoco había luz.

—Porque estaban los fusibles desconectados.

—¿Y no puede ser que lo estén de nuevo?

—Tendría que haberlos desconectado alguien.

—Claro.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Un esqueleto viviente, tal vez?

Christie dio un grito y corrió hacia él, abrazándole.

—¡No vuelvas a decir eso, Robin!

—He dicho lo que tú estabas pensando, confiésalo.

La muchacha no respondió.

Robin notó que temblaba y la estrechó cálidamente.

—No debes tener miedo, Christie.

—Lo siento, no puedo evitarlo. Y estoy segura de que Estelle y Roxana también lo tendrán si sus habitaciones se han quedado igualmente a oscuras.

—¿Quieres que bajemos a echar una mirada a los fusibles?

-¡No!

—Te sentirías más tranquila si comprobaras que los fusibles no han sido desconectados.

—No importa, ya lo comprobaremos por la mañana. Nos basta con la luz del candelabro.

—Es más romántico amarse así, ¿no crees? —sonrió Robin.

—No sé si será más romántico o no, pero metámonos en la cama en seguida —rezongó Christie.

—¡Bendito apagón!

—¿Por qué dices eso?

—Es la primera vez que me das prisa por meterme en la cama contigo, cariño. Hasta ahora, el de las prisas siempre era yo.

—Bueno, algún día tenía que ser al revés. La puerta está cerrada, ¿verdad? —preguntó la joven.

—Si, eché el cerrojo cuando entramos.

—Acostémonos, pues.

—Debería hacerme de rogar, como tú.

—No seas tonto —sonrió Christie, y se despojó de la camiseta.

La cazadora de Robin yacía sobre una silla, porque había subido con ella en las manos y la había dejado allí apenas entrar en la habitación. Se despojó de la camisa y quedó con el torso desnudo.

Christie se había descalzado y se estaba quitando ya el pantalón.
Quedó en pantaloncitos y sujetador.
Robin largó un silbido.
—Continúa con tu *strip-tease,* nena.
—No, ya terminé de quitarme cosas.
—¿Y las dos prendas que te quedan?
—Ya te encargarás de quitármelas tú, como siempre.
—¡Y va a ser en seguida! —respondió Robin, riendo, y se dio mucha prisa en quitarse el pantalón.
Christie ya se estaba metiendo en la cama.
Robin se disponía a imitarla, cuando se oyó un ruido.
Christie irguió el torso con brusquedad.
—¿Qué ha sido eso? ,
—No sé.
—¡Ha sonado en el corredor!
—Debe tratarse de Trevor o Danny. Quizás ellos no se conformen con la luz de un candelabro y quieren echar un vistazo a los fusibles.
—¿Tú crees?
—Lo comprobaré.
—¡No, Robin!
—¡No seas tonta, Christie!
—¡Por favor, no abras la puerta!
—¡Si tienes miedo, tápate la cabeza con la sábana! —barbotó Robin, y fue hacia la puerta, cubierto sólo con el slip.
Christie brincó de la cama y corrió tras él, en braguitas y sostén.
—¡Espera, Robin!
Stack volvió la cabeza.
—¿Por qué no te has quedado en la cama?
—No quiero separarme de ti, Robin —respondió la joven, agarrándole de un brazo.
—Y me amenazabas con casarte con otro, rió burlonamente Stack —. Anda, vamos.
Alcanzaron la puerta y Robin abrió, asomándose al corredor.
También Christie se asomó.
El corredor estaba a oscuras, pero ello no impidió que vieran algo que les heló la sangre en las venas a ambos:
¡Eran dos esqueletos vivientes...!

CAPITULO VII

Robin Stack no podía dar crédito a sus ojos.

Christine Duncan sí daba crédito a los suyos, desmesuradamente abiertos, reflejando un terror indescriptible. Lo que no podía hacer, en cambio, era gritar.

Y tenía unas ganas...

Pero no le salía la voz.

Se había quedado muda de espanto.

Y, ciertamente, no era para menos.

Hasta Robin, que no solía asustarse ante nada ni nadie, sentía culebrear el pánico en sus huesos.

Era el temor lógico a lo sobrenatural, porque sobrenatural era que hubiesen aparecido dos esqueletos en el corredor.

Dos esqueletos humanos, cuyos huesos brillaban macabramente en la oscuridad que envolvía el corredor entero, apenas rota por la luz que surgía de la habitación que compartían Robin y Christie, la que proporcionaban las velas del candelabro.

Los esqueletos parecían poseer una extraña fluorescencia.

Era lo que hacía que Robin y Christie pudieran verlos, a pesar de la oscuridad.

¡Y los esqueletos se movían!

¡Caminaban!

¡Tenían vida!

¡Como los esqueletos de la leyenda...!

—¡Dios, no es posible! —musitó Robin, mientras pensaba que debía estar soñando.

Sí, aquello tenía que ser una pesadilla.

Un mal sueño provocado por la maldita leyenda que les contara Trevor.

Christie no pensaba nada.

Además de muda, se había quedado agarrotada.

No podía moverse.

Las piernas no le obedecían, las tenía como dormidas.

Por fortuna, Robin sí estaba en condiciones de reaccionar, a pesar de la fuerte impresión que le había producido el ver a dos esqueletos moviéndose en el corredor, como si tuvieran vida propia.

Y es que no tenía más remedio que reaccionar, porque los dos esqueletos vivientes avanzaban hacia ellos.

Lentamente.

Silenciosamente.

Macabramente.

Había que hacer algo y pronto, así que Robin empujó a Christie y se introdujeron los dos en la habitación.

Robin cerró inmediatamente la puerta y echó el cerrojo.

Christie había caído al suelo, aunque no por el empujón de Robin, sino porque tenía las piernas tan torpes que no podía caminar.

Robin, en vez de levantar a la aterrada muchacha, miró nerviosamente a su alrededor, buscando algo con lo que hacer frente a la pareja de esqueletos vivientes.

La habitación tenía chimenea.

Junto a ella se veía un atizador.

Robin se dijo que era lo que necesitaba para defenderse de los esqueletos y corrió hacia la chimenea, empuñando decididamente el atizador del fuego.

Christie, que por fin había recuperado el habla, exclamó:

—¿Qué vas a hacer, Robin?

—¡Salir al corredor y romperles los huesos a los esqueletos!

—¡No, por favor! ¡No vuelvas a salir!

—¡Les haré frente, Christie!

—¡No seas loco, Robin! ¡Te matarán!

—¡Veremos quién mata a quién!

—¡Tú no puedes matarlos a ellos, Robin! ¡Ya están muertos! ¡Son sólo un par de esqueletos!

—¡Sean lo que sean, probarán la dureza de este atizador! —aseguró Stack, que ya se hallaba junto a la puerta.

Christie brincó del suelo y lo agarró con fuerza.

—¡Te lo suplico, Robin!

Este forcejeó con ella.

—¡Suéltame, Christie!

—¡No abras esa puerta, por lo que más quieras!

—¡Tengo que hacerlo! ¡Soy un hombre, Christie, no un conejo asustado!

—¡No, Robin, no!

—¡Aparta, maldita sea! —rugió Stack, y la hizo caer al suelo, porque era la única manera de librarse de ella.

Después, abrió la puerta y salió al corredor, con el atizador levantado. Pero no pudo utilizarlo, porque los dos esqueletos vivientes habían desaparecido.

***

Robin Stack miró a un lado y otro del corredor, que seguía oscuro.

Al no ver a los esqueletos vivientes, entró de nuevo en la habitación y cogió el candelabro.

—¿Qué pasa, Robin? —preguntó Christie Duncan, acurrucada en el suelo.

—¡No los veo!

—¿Los esqueletos?

—¡Sí, creo que se han largado!

—¡ Mejor!

—¡Los encontraré!

—¡No, Robin! ¡Olvídate de ellos, te lo ruego!

—¡Ni hablar! —respondió Stack, y salió de nuevo al corredor, iluminándolo con la luz del candelabro.

A pesar de ello, tampoco vio a los esqueletos vivientes.

Christie salió también al corredor, porque temía que Robin se alejara y la dejara sola en la habitación, lo cual no sería capaz de soportar, después de lo ocurrido.

Robin la miró.

—¿Vienes conmigo, Christie?

—Prefiero que volvamos a entrar en la habitación, cerremos la puerta, nos metamos en la cama y me abraces muy fuerte.

—No, yo voy a ir en busca de los esqueletos. En alguna parte tienen que estar. Y daré con ellos.

—Está bien, te acompaño. No por mi gusto, sino porque no quiero quedarme sola.

—Vamos.

Robin echó a andar por el corredor y Christie no tuvo más remedio que mover también las piernas.

De pronto se abrió una puerta.

Christie dio un chillido.

No había motivo, porque era Trevor Lowell, que salía de su habitación con un candelabro en las manos, pero Christie estaba tan asustada que...

Al igual que Robin. Trevor se cubría únicamente con el slip.

Tras él apareció Roxana Baker, luciendo un cortísimo camisón transparente.

Trevor sonrió.

—¿Te he asustado. Christie?

-¡Sí!

—Lo siento, pero nos hemos quedado a oscuras. Y vosotros también, por lo que veo. Han debido de quitar la luz.

—¡La han quitado los esqueletos vivientes! —dijo Christie.

—¿Qué...? —exclamó el rubio.

—¡Díselo tú, Robin, porque a mí no me cree!

Stack no tuvo inconveniente en revelar:

—Hemos visto a dos esqueletos vivientes, Trevor.

CAPITULO VIII

Roxana Baker sintió que se le erizaba el vello.

—¡Dios mío, Trevor! —gimió, agarrándose al rubio.

Trevor Lowell arrugó el ceño.

—No es momento para bromas, Robin. Hablar de esqueletos vivientes, después de lo que...

—No es ninguna broma, Trevor —le interrumpió Stack—. Oímos un ruido, salimos al corredor y vimos a los dos esqueletos vivientes. El corredor estaba a oscuras, como ahora, pero sus huesos brillaban con fuerza. Por eso pudimos verlos.

—¡Ay! —gimió de nuevo Roxana, muerta de pánico.

Lowell rezongó una palabrota y barbotó:

—¡Me niego a creerlo, Robin!

—¡Es cierto, Trevor! —intervino Christie Duncan—. ¡Los vimos! ¡Se movían macabramente en la oscuridad del corredor! ¡Venían hacia nosotros, como dispuestos a atacarnos!

—¿Y qué pasó? —preguntó el rubio, ceñudo.

—Nos metimos en la habitación, empuñé este atizador y salí de nuevo al corredor, dispuesto a quebrarles sus brillantes huesos, pero ya no estaban —respondió Stack.

—Habían desaparecido, ¿eh?

—Así es.

—¿Del corredor o de vuestra imaginación?

Stack apretó los dientes.

—No lo imaginamos, Trevor. Los esqueletos estaban en el corredor.

—¡Maldita sea. Robin! —se enfureció Lowell—. ¿Cómo puedes creer una cosa así?

—Me limito a contarte lo que vimos, Trevor. Que fueran realmente esqueletos vivientes, muñecos o marionetas, es otra cuestión. Lo hubiera averiguado de haberme enfrentado a ellos, pero ya te he explicado que huyeron.

—¿Crees que alguien pudo...?

—¿Por qué no? Ya trataron de asustarnos escribiendo aquello detrás de la puerta. Y como no abandonamos la mansión, aparecieron los dos esqueletos vivientes. O lo que fuera.

Lowell masculló una maldición.

—Vuelvo a sospechar de Charles Wilson, ¿sabes?

—El abogado de tu tío, ¿no?

—Sí, creo que todo esto es cosa suya. Tiene interés en que vendamos la mansión, ya te lo expliqué.

—Si realmente es cosa de ese abogado lo va a lamentar, porque Christie y yo nos llevamos un buen susto cuando vimos a los dos esqueletos, y no se lo voy a perdonar.

—Ni yo.
—¿Quieres que vayamos en busca de los esqueletos, Trevor?
—Sí, les demostraremos que no les tenemos miedo.
—¡No, Trevor! —exclamó Roxana—. ¡Volvamos a la habitación y metámonos en la cama! ¡ Ya los buscaréis mañana!
—Roxana tiene razón —opinó Christie—. Ahora no hay luz y será muy difícil dar con ellos. La oscuridad les favorece tanto como nos perjudica a nosotros. Por la mañana será distinto;
Stack y Lowell cambiaron una mirada.
—¿Qué dices, Robin? —preguntó el rubio.
—Puede que Christie tenga razón, Trevor. De noche, y sin más luz que la de los candelabros, ellos tienen ventaja. Tengo ganas de encontrarlos, pero creo que es mejor dejarlo para mañana.
—Y yo también. Por la mañana registraremos la casa de arriba abajo y daremos con los falsos esqueletos vivientes. Volvamos a nuestras habitaciones, Robin.
—Un momento, Trevor. Antes me gustaría comprobar que Danny y Estelle están bien.
—¿Por qué no lo iban a estar?
—Bueno, encuentro un poco raro que, habiéndose quedado a oscuras en su habitación como nosotros, no hayan salido a...
—Habrán encendido un candelabro.
—No cuesta nada comprobarlo, Trevor.
—Está bien, vamos a su habitación. Pero como los pillemos en plena faena, y ya sabes a lo que me refiero, no les va a hacer ni pizca de gracia que los interrumpamos —advirtió Lowell, sonriendo.
—Les pediremos disculpas y los dejaremos continuar —repuso Stack, sonriendo también.
Fueron los cuatro a la habitación que ocupaban Danny Moore y Estelle Jones. Trevor dio unos golpes en la puerta, con los nudillos, al tiempo que decía: —¡Soy yo, prima!
Estelle no respondió.
Tampoco Danny dejó oír su voz.
Y la puerta siguió cerrada.
Robin y Trevor se miraron, preocupados.
—¿Se habrán dormido ya? —dijo el rubio.
—No, no lo creo —rechazó Robín.
—¿Y por qué no abren ni contestan?
—Llama de nuevo, Trevor.
Lowel! golpeó nuevamente la puerta con los nudillos.
—¡Estelle! ¡Danny! ¡Soy Trevor! ¡Abrid la puerta!
El silencio más absoluto siguió reinando en la habitación.
—Esto no me gusta nada, Trevor —dijo Robin, y probó a abrir la puerta.

Como el cerrojo no estaba echado, la puerta se abrió en seguida.

La habitación estaba a oscuras, pero la luz de los candelabros que portaban Robin y Trevor la iluminaron, permitiendo ver que la cama estaba deshecha, pero vacía.

—¡No están! —exclamó Christie.

—¡Y hay un candelabro en el suelo! —gritó Roxana.

—Entremos —rezongó Robin.

Penetraron los cuatro en la habitación. Y fue entonces cuando descubrieron a Danny Moore. Yacía junto a la cama, boca arriba, con la cabeza ladeada y los ojos cerrados. Llevaba puesto únicamente el slip y lo mismo podía estar inconsciente que muerto, porque su inmovilidad era absoluta y ni siquiera parecía respirar.

***

La que sí se hallaba inconsciente era Estelle Jones.

Pero ella no se encontraba en la habitación.

Había sido atrapada por los esqueletos vivientes y en su poder continuaba.

Todo empezó con un ruido en el corredor, similar al que oyeran Robin y Christie. Sonó muy cerca de su puerta, Danny y Estelle lo oyeron, y abandonaron la cama, en la que ya llevaban algunos minutos, completamente desnudos, pasándolo bien.

Danny se puso el slip y Estelle se colocó la camisa de su novio, que le quedaba por debajo del trasero. Después, Danny cogió el candelabro que descansaba sobre la cómoda, el cual tuvieron que encender cuando se quedaron a oscuras.

Con el candelabro en su mano izquierda, Danny abrió la puerta y se asomó al corredor, lo mismo que su novia.

Y vieron lo mismo que vieran Robin y Christie.

Dos esqueletos vivientes.

Brillantes.

Macabros.

Capaces de horrorizar al más pintado..

Estelle no supo lo que ocurrió después, porque, se desvaneció de terror y se desplomó como un fardo, quedando tendida en el suelo.

Pero ya se estaba recobrando.

Cuando entreabrió los ojos apenas vio nada, pues la oscuridad la envolvía prácticamente. Supo, no obstante, que yacía sobre una cama, con los brazos separados y las manos atadas al cabezal. También tenía las piernas separadas y los pies atados al otro extremo de la cama.

Conservaba la camisa de su novio.

No podía verla, pero la sentía sobre su cuerpo desnudo.

Estelle, aterrorizada, quiso chillar a pleno pulmón, pedir socorro, para ver si acudía alguien en su ayuda y la liberaba, pero no pudo emitir sonido alguno, porque la habían amordazado a conciencia.

El terror de la pelirroja se acentuó.
No podía gritar.
No podía moverse.
¡Se hallaba absolutamente indefensa!
¡Y se sabía en poder de los esqueletos vivientes!
Estelle empezó a sudar.
Era un sudor frío.
Helado.
Como si fuera a morirse.
Todo su cuerpo temblaba, estremecido de pánico.
¿Donde la habían llevado los esqueletos vivientes?
¿Qué pensaban hacer con ella?
¿Y qué habría sido de Danny?
Estelle no recordaba nada.
Sólo que se desmayó cuando vio al par de esqueletos moviéndose en la oscuridad del corredor.
De pronto, se escuchó un chirrido de goznes.
Estelle ladeó la cabeza.
¡Una puerta se estaba abriendo!
Ella no podía verla, pero sí vio a los esqueletos vivientes que estaban entrando en la habitación, gracias a la siniestra fluorescencia de sus huesos.
¡Nada menos que cuatro!
¡Cuatro horripilantes esqueletos que se movían como si estuvieran vivos!
Estelle se agitó sobre la cama, desesperada.
—¡Mmmm...!
Los esqueletos vivientes rodearon la cama lentamente.
Silenciosos.
Como si no pisaran el suelo al andar.
Realmente, parecían flotar en vez de caminar.
Dos de los esqueletos se colocaron a un lado de la cama, y los otros dos se situaron en el otro.
Estelle había dejado de agitarse con desesperación, pero no porque no sirviese de nada, sino porque se había quedado sin fuerzas. No podía mover un solo músculo de su cuerpo, el terror la tenía paralizada por completo.
Miraba a los esqueletos con ojos desencajados.
De repente, uno de ellos alargó el brazo y tocó el muslo derecho de la muchacha.
Estelle sufrió una terrible sacudida.
No hubiera sido mayor si le hubiesen aplicado un cable eléctrico.
Fue, naturalmente, producto de su horror al ver que la mano del esqueleto se posaba en su muslo y la acariciaba con sus fríos y

brillantes huesos.

¡Era como ser acariciada por un muerto!

¡Peor!

¡Por un esqueleto viviente!

El esqueleto que se hallaba enfrente alargó también el brazo y tocó el muslo izquierdo de la horrorizada pelirroja.

Estelle sufrió otra violenta sacudida.

—¡Mmmm...! —gimió, a través de la dura mordaza.

Los otros dos esqueletos movieron también los brazos y empezaron a desabotonar la camisa con la que se cubría la muchacha.

Lo hicieron lentamente, recreándose en la acción.

Después le abrieron la camisa de par en par.

Ahora, Estelle sí podía verse el cuerpo, gracias a la extraña luz que despedían los huesos de los esqueletos vivientes. Veía, también, la cama a la que se hallaba fuertemente sujeta.

Los dos esqueletos que le habían abierto la camisa empezaron a tocarle los pechos, el estómago, el vientre, mientras los otros dos le toqueteaban los muslos, las rodillas, los pies...

Todo su cuerpo recibía el estremecedor contacto de las frías manos de los esqueletos vivientes, volviéndola loca de asco, de repugnancia, y de terror.

Estelle no pudo resistirlo por más tiempo y se desvaneció de nuevo, dejando de sufrir.

CAPITULO IX

Afortunadamente, Danny Moore no estaba muerto.

Sólo se hallaba inconsciente.

Le habían dado un fuerte golpe en la parte posterior del cráneo, con un objeto contundente, dejándolo sin sentido. Tenía un chichón enorme, además de una herida, que ya no sangraba.

Robín y Trevor lo estaban atendiendo.

Habían dejado los candelabros en el suelo, así como él atizador del fuego.

Christie y Roxana los observaban, muy calladas.

Las dos estaban pálidas y temblaban perceptiblemente, porque las cosas se ponían cada vez peor.

Danny, herido.

Estelle, desaparecida.

La casa, sin luz eléctrica.

Los esqueletos vivientes, o lo que fuera, paseándose en la oscuridad.

Era demasiado.

Por su gusto, Christie y Roxana abandonarían inmediatamente la mansión. Comprendían, sin embargo, que no podían hacerlo. Al menos, hasta que apareciese Estelle.

¿Viva?

¿Muerta?

Era lo que se preguntaban las aterradas muchachas, mientras Robin y Trevor se preocupaban de hacer volver en sí al novio de Estelle.

Danny, por fin. abrió los ojos.

En seguida vio a Robin y Trevor, pero pareció que veía a dos demonios salidos del infierno, porque compuso un claro gesto de terror y lanzó un grito terrible.

El novio de Estelle se agitó de tal manera, que Robin y Trevor se vieron obligados a sujetarlo con fuerza.

—¡Cálmate, Danny! —rogó Robin.

—¡Somos nosotros! —dijo Trevor.

—¡Los esqueletos vivientes! —chilló Danny—. ¡La leyenda es cierta, se hallan instalados en esta mansión!

Christie y Roxana sintieron que les flaqueaban las rodillas.

La segunda todavía no los había visto, pero se hallaba tan aterrorizada como la primera, que sí los había visto. Se abrazaron la una a la otra, estremecidas.

—Christie —pronunció Roxana, con un hilo de voz.

—Jamás debimos venir a esa maldita mansión —murmuró Christie.

Mientras tanto. Robin y Trevor se esforzaban por calmar al novio de Estelle.

—¡Tranquilízate, Danny! —pidió Robin.

—¡Sí, serénate y cuéntanos lo que pasó! —dijo Trevor—. ¡Estelle ha desaparecido y tenemos que encontrarla!

Danny dejó de agitarse al oír lo de la desaparición de su novia.

-¿Qué?

—Estelle no está, Danny —habló Robin—. A tí te golpearon en la cabeza, pero a ella se la llevaron.

—¡Oh, Dios, no! ¡Estelle en poder de los esqueletos vivientes!

—La encontraremos, Danny, no te preocupes —aseguró Trevor—. Pero tienes que contarnos lo sucedido.

—¡La matarán!

—No, no la matarán —repuso Robin—. Si quisieran matarla, lo hubieran hecho aquí. Y a ti te hubiesen matado también, en vez de limitarse a golpearte.

—Robin tiene razón —dijo Trevor—. Se la llevaron para aterrorizarla. Quieren obligarla a vender la mansión, lo mismo que a mí. Todo esto no tiene otra finalidad. Los esqueletos vivientes no existen, Danny. No han existido nunca.

—¡Estelle y yo los vimos! ¡Eran dos y estaban en el corredor! ¡Se movían en la oscuridad, macabramente, y sus huesos despedían una extraña fluorescencia! —explicó Danny.

—Christie y yo también los vimos, pero no creo que fueran esqueletos vivientes —dijo Robin—. Son falsos, Danny. Un truco ingenioso para aterrorizarnos a todos y obligarnos á abandonar la mansión esta misma noche.

—¡Por mí, encantada! —exclamó Christie.

—¡Lo mismo digo! —añadió al instante Roxana.

Trevor se volvió hacia ellas.

—No vamos a marcharnos, ¿lo oís? Esa gente no se saldrá con la suya. Rescataremos a Estelle y les daremos su merecido. El abogado de mi tío, o quien quiera que haya planeado todo esto, se va a arrepentir mil veces. ¿No es cierto Robin?

—Desde luego —asintió Stack—. Con nosotros ha tropezado en piedra.

Lowell se desentendió de las chicas.

—Vamos, Danny, cuéntanos con calma lo que sucedió.

Moore lo hizo, desde el principio, concluyendo con estas palabras:

—Cuando vimos a los dos esqueletos, Estelle se desplomó. Creo que sufrió un desmayo. Casi en seguida, recibí el golpe en la cabeza y me desplomé yo también, soltando el candelabro.

—Evidentemente, había alguien detrás de vosotros —dijo Robin—. Te atizó en la cabeza y después te metieron en la habitación, dejándote tendido en el suelo aquí, junto a la cama. Metieron también el candelabro y lo apagaron, para que tu habitación quedara totalmente a oscuras. Y a Estelle se la llevaron desvanecida.

—Cuando vuelva en sí lo va a pasar muy mal —adivinó Danny, estremeciéndose sólo de pensarlo.

—Vamos en su busca, Robin —apremió Trevor.

—¿Podrás caminar, Danny? —preguntó Stack.

—Sí, creo que sí:

—Vamos, arriba.

El novio de Estelle se incorporó, ayudado por Robin y Trevor, y se llevó la mano a la parte posterior del cráneo.

—Me atizaron duro, los condenados —mascullo, con gesto de dolor.

—También nos cobraremos tu chichón, no te preocupes —aseguró Trevor—. Anda, vamos.

Robin y Trevor cogieron los candelabros y el atizador.

—Encended ese otro candelabro —dijo Danny—. Lo llevaré yo.

—Bien —respondió Robin, dijo Trevor, yendo hacia la chimenea.

—Buena idea.

Segundos después abandonaban los cinco la habitación.

A Robin, Trevor y Danny no parecía importarles en absoluto el deambular por la casa en slip, como tampoco le importaba a Christie el moverse en pantaloncitos y sujetador, ni a Roxana el hacerlo con un camisón tan corto como transparente.

Y es que ni siquiera pensaban en ello, porque sus pensamientos los acaparaban otras cosas mucho más serias.

Los tres candelabros juntos hacían mucha luz, así que el corredor quedaba perfectamente iluminado.

Robin, Trevor, Danny y las chicas alcanzaron la escalera y empezaron a descender por ella.

El vestíbulo estaba oscuro, tranquilo, silencioso.

Las llamas de las velas fueron rompiendo las tinieblas a medida que Robin, Trevor, Danny, Christie y Roxana descendían los peldaños de la larga escalera.

Alcanzaron los cinco el vestíbulo.

Lo primero que hicieron fue dirigirse a los fusibles, para ver si volvían a estar desconectados. Y, efectivamente, lo estaban.

—Los han desconectado —mascullo Trevor.

—Los conectaré de nuevo —dijo Robin.

Las luces se encendieron al instante.

Danny hizo ademán de apagar las velas de su candelabro, pero Robin lo detuvo.

—No lo hagas.

—Ya no necesitamos la luz de los candelabros, Robin. Volvemos a tener luz eléctrica.

—Pero no sabemos hasta cuándo. Quizá dentro de unos minutos nos dejen nuevamente a oscuras.

—Robin tiene razón —dijo Trevor—. Pueden desconectar los

fusibles de nuevo. Y no tendríamos con qué encender los candelabros, porque vamos todos prácticamente desnudos.

—Me has convencido —sonrió ligeramente el novio de Estelle.

—Sigamos—indicó Robin.

Se alejaron los cinco de los fusibles, confiando en encontrar a Estelle en alguna de las estancias de la planta baja. O tal vez en el sótano.

De repente se escuchó un grito estremecedor.

Largo.

Desesperado.

Como lo emitía una garganta femenina, Trevor exclamó: —¡Es Estelle!

El terrible chillido llegaba de arriba.

—¡Dios!, ¿qué le estarán haciendo esos malvados? —exclamó Danny, horrorizado.

—¡Corramos en su ayuda! —rugió Robin, y se lanzó hacia la escalera como una flecha.

Trevor y Danny le imitaron al instante.

Christie y Roxana tuvieron que correr también como locas, para no quedarse rezagadas. Los talones les tocaban prácticamente el culo, pero no fue suficiente, porque Robin, Trevor y Danny parecían tres bólidos de Fórmula 1, y las chicas no pudieron evitar que se distanciaran.

Con la carrera, la mayoría de las velas de los candelabros se apagaron, pero Robin, Trevor y Danny no lo advirtieron, porque seguía habiendo luz eléctrica.

¡Pero se fue de nuevo!

¡Los fusibles habían sido desconectados otra vez!

¡Los esqueletos vivientes iban a actuar nuevamente!

CAPITULO X

De una parte, Estelle seguía chillando como si la estuviesen asando viva, por lo que Robin, Trevor y Danny no podían dejar de correr en su auxilio.

¡Pero a Robin sólo le quedaba una vela encendida!

¡Y lo mismo le sucedía a Trevor!

¡Y el candelabro de Danny se había apagado totalmente!

¡No le quedaba ninguna vela encendida!

Dos velas hacían tan poca luz, que para Christie y Roxana, distanciadas de Robin, Trevor y Danny, era como haberse quedado a oscuras, lo cual aumentó el terror que ya sentían.

Gritaron las dos, no pudieron contenerse.

Para colmo, Roxana perdió el equilibrio y cayó al suelo cuan larga era.

—¡Christie! —chilló.

La amiga de Robin se detuvo en seco y volvió la cabeza.

—¡Roxana!

—¡No me dejes, Christie! ¡Ayúdame! —suplicó la amiga de Trevor.

Christie, a pesar del terror que sentía, regresó junto a Roxana y la ayudó a levantarse. Lo hizo prácticamente a tientas, porque donde ellas estaban ya no se veía nada.

Justo cuando Roxana recuperaba la vertical, Christie descubrió un par de esqueletos vivientes.

¡Habían surgido tras ellas!

¡Las venían siguiendo!

¡Las perseguían!

Christie tuvo un fallo cardíaco y pensó que iba a morirse allí mismo de un repentino ataque al corazón, provocado por el pánico cerval que sentía en aquellos momentos.

—¡Roxana! —chilló.

-¿Qué?

—¡Los esqueletos vivientes!

—¡Oh, no...! —chilló Roxana, que había girado la cabeza, descubriendo a los dos esqueletos.

Las dos muchachas echaron a correr.

A volar, más bien.

¡Y es que los esqueletos vivientes estaban tan cerca que casi podían tocarlos con las manos!

Entretanto, Robin había llegado a la habitación que ocupaban Danny y Estelle, porque los chillidos de la pelirroja salían de allí.

La puerta estaba abierta de par en par.

Robin entró en la habitación, iluminándola levemente con la única vela encendida que le quedaba en su candelabro. Era un milagro que

no se hubiese apagado también, a causa de su veloz carrera.

El candelabro de Trevor sí estaba totalmente apagado, como el de Danny. Entraron también los dos en la habitación.

Estelle estaba sobre la cama.

Arrodillada.

Con la camisa de su novio abierta.

Se agarraba la cabeza con ambas manos y no paraba de chillar histéricamente.

¡Parecía haberse vuelto loca!

Lo primero que hizo Robin fue sacar la vela encendida del candelabro y aplicar la llama a las velas apagadas, pues era consciente de lo que ocurriría si se quedaban completamente a oscuras.

—¡Dejad los candelabros en el suelo y ocupaos de Estelle! —exclamó.

Trevor y Danny obedecieron.

Estelle no parecía reconocerlos.

Seguía chillando como una posesa.

Y no eran los únicos chillidos que se escuchaban, porque Christie y Roxana también gritaban con ganas.

Robin pensaba que sólo gritaban porque se habían quedado atrás y a oscuras, pero se asomó a la puerta, con el candelabro totalmente encendido ya.

Y entonces descubrió que las muchachas estaban siendo perseguidas por un par de esqueletos vivientes.

—¡Aquí, Trevor! —rugió—. ¡Rápido!

El rubio dejó a su prima al cuidado de Danny y se lanzó hacia la puerta, asomándose también al corredor.

Vio a los esqueletos por primera vez.

Brillando en la oscuridad.

Corriendo como seres vivos.

Estaban a punto de atrapar a Christie y Roxana.

—¡Robin! —chilló la primera.

—¡Trevor!—chilló la segunda.

Stack le pasó el candelabro a su amigo.

—¡Aguanta esto, Trevor! ¡Yo me encargo del par de esqueletos!

—¡Te ayudaré, Robin!

—¡No, quédate aquí! ¡No puedes dejar sin luz a Estelle y Danny! —repuso Stack, y corrió al encuentro de los dos esqueletos vivientes, con el atizador del fuego en su mano derecha.

Al verlo venir hacia ellos, los esqueletos vivientes dieron media vuelta y emprendieron la huida.

—¡No huyáis, cobardes! —rugió Robin—. ¡Pelead conmigo, gallinas! ¡Estoy deseando partiros todos los huesos!

Los esqueletos no se detuvieron y desaparecieron por el extremo del corredor.

Robin estuvo tentado de perseguirlos, pero comprendió que no debía hacerlo solo y en la oscuridad, porque podía caer en una trampa y entonces lo lamentaría.

Por otra parte, Christie, Roxana y Trevor le pedían que volviese.

—¡Detente, Robin!

—¡No vayas tras ellos!

—¡Regresa aquí!

Stack escupió una maldición y regresó con Christie, Roxana y Trevor.

Entraron los cuatro en la habitación y cerraron la puerta, echando el cerrojo.

Christie se abrazó a Robin.

—¡Qué miedo he pasado!

—¡Los esqueletos estuvieron a punto de atraparnos! —exclamó Roxana, abrazada a Trevor.

Estelle ya no chillaba.

Ahora, lloraba, en brazos de su novio.

Danny la besaba y la acariciaba, susurrándole palabras cariñosas y de ánimo.

—Ya pasó todo, amor mío. Estás con nosotros, a salvo. Todos estamos bien.

Estelle seguía llorando, presa de unos temblores y unas convulsiones que revelaban lo mal que lo había pasado en manos de los esqueletos vivientes.

Robin, Christie, Trevor y Roxana la miraron.

El primero adivinó:

—Los esqueletos la devolvieron a su habitación después de aterrorizarla con su presencia. Querían que nos atrajese con sus gritos. Hacernos subir, para poder desconectar otra vez los fusibles y dejarnos nuevamente a oscuras. Y, de paso, darnos un nuevo susto.

—¡Nos lo dieron a Roxana y a mí, que nos quedamos rezagadas! —exclamó Christie, que todavía temblaba.

—¡Y menudo susto! —añadió Roxana, más temblorosa aún que Christie.

—Tengo que reconocer que parecen auténticos esqueletos vivientes —dijo Trevor—. Me impresionaron, lo confieso.

—¿Y no lo serán, Trevor...? —repuso Christie.

—No, es imposible. Son falsos.

—Claro que son falsos —habló Robin—. Y prueba de ello es que huyeron cuando me vieron ir de cara a ellos, con el atizador en la mano. De haber aceptado la lucha se hubiese descubierto el pastel.

—Se descubrirá de todos modos —dijo Trevor.

—Desde luego —asintió Robin.

CAPITULO XI

Los tres candelabros volvían a estar encendidos y llenaban de luz la habitación.

Estelle Jones, más calmada, contó lo que los esqueletos vivientes habían hecho con ella.

—Sufrí un nuevo desvanecimiento, porque era imposible resistir aquello despierta. Cuando volví en mí, me encontré de nuevo en esta habitación. Había vuelto la luz eléctrica. Ya no estaba atada a la cama ni amordazada, aunque seguía con la camisa abierta de par en par. También la puerta de la habitación estaba abierta. No vi ningún esqueleto viviente, pero como recordaba lo que habían hecho conmigo, me puse a chillar como loca. Temía que volvieran a aparecer. Que me atraparan de nuevo. De pronto, la habitación y el corredor se quedaron nuevamente a oscuras. Mi terror aumentó de tal manera, que ni siquiera recuerdo lo que sucedió después. Sólo sé que chillaba y chillaba, arrodillada en la cama, que temblaba, que sentía un sudor frío... Más tarde, me vi en brazos de Danny y empecé a sentirme un poco mejor. Dejé de chillar y empecé a llorar, rota, deshecha, destrozada literalmente. He vivido una auténtica pesadilla de horror. Jamás podré olvidar lo que me ha pasado en esta maldita mansión. ¡La odio, la odio, la odio! —gritó, y rompió en sollozos.

Danny Moore la abrazó de nuevo y le acarició el rojizo cabello.

—Tranquilízate, cariño. Lo importante es que los esqueletos no te hicieron ningún daño físico. Te aterrorizaron con su presencia y te toquetearon, para acentuar tu pánico y tu angustia, pero luego te soltaron y te trajeron de nuevo aquí. Sólo querían eso, llenarte de horror y de terror.

—¡Sácame de aquí, Danny! —pidió Estelle—. ¡No quiero seguir ni un minuto más en esta mansión! ¡Regresemos a Londres!

Moore miró a Lowell y Stack, esperando que dijeran algo.

Fue el rubio quien habló:

—No te dejes derrotar, Estelle. Comprendo que lo has pasado fatal, que odies esta mansión y que desees abandonarla lo antes posible y para siempre, pero no debes hacerlo, porque eso es lo que ellos quieren, que nos larguemos todos y vendamos la casa.

—¡Quiero venderla, Trevor! ¡Por cualquier cantidad! ¡No me importa lo que nos paguen por ella! ¡Lo único que quiero es deshacerme de esta maldita mansión! ¡Al precio que sea! ¡No quiero volver a ver un solo esqueleto viviente más! ¡Mi corazón no lo resistiría!

—No son esqueletos vivientes, Estelle!

—¡Eso es lo que dices tú!

—Yo también lo digo, Estelle —intervino Stack—. Son esqueletos

falsos, estoy seguro.

—¡Yo estuve en sus manos, Robin! ¡Los vi de cerca y sentí el frío contacto de sus dedos en mi cuerpo desnudo! ¡Era el frío de la muerte! ¡Me estaban tocando cuatro muertos! ¡Cuatro esqueletos de verdad!

Stack movió la cabeza.

—¿No comprendes que eso no es posible, Estelle?

—¡Yo ya no sé lo que es posible y lo que no lo es, Robin! ¡Sólo sé lo que he visto y lo que he sentido! ¡Y no quiero volver a verlo ni a sentirlo, porque me fallaría el corazón y me costaría la vida!

Stack no insistió, porque comprendía perfectamente la postura de la pelirroja. Lowell, en cambio, dijo:

—No volverás a caer en manos de esos falsos esqueletos, Estelle, porque no vamos a separarnos. Pasaremos la noche los seis juntos en esta habitación. De esa manera no podrán sorprendernos. Y por la mañana, cuando la oscuridad ya no sea su aliada, los buscaremos por toda la casa, daremos con ellos y los desenmascararemos. Y los haremos «cantar», te lo prometo.

La pelirroja vaciló.

—Estoy demasiado asustada, Trevor. No quiero quedarme.

--Te lo pido por favor, Estelle. No quiero que esa gente se ría de nosotros. Quédate y te demostraré que todo es una farsa, una comedia muy bien preparada, un plan perfectamente estudiado, pero que no va a dar resultado.

Estelle titubeó de nuevo.

—¿Tú quieres quedarte, Danny? —le preguntó a su novio.

Moore se llevó la mano a la parte posterior del cráneo.

—Los esqueletos me deben algo, Estelle. Además de darme el susto más grande de toda mi vida, me propinaron un fuerte golpe en la cabeza y luzco un hermoso chichón. Me gustaría cobrármelo. Y hacerles pagar también por lo que te hicieron a ti. No me gusta que desnuden a mi novia y se lo toquen todo, ¿sabes?

La pelirroja sonrió levemente.

—De acuerdo, nos quedaremos —accedió, y besó a su novio.

***

El resto de la noche transcurrió tranquilo.

Sin nuevos ruidos en el corredor.

Sin nuevas apariciones de esqueletos vivientes, falsos o auténticos.

Estelle, Christie y Roxana no querían dormirse, pero el sueño las rindió finalmente a las tres. Durmieron en la cama, las tres juntas, mientras Robin, Trevor y Danny hacían guardia.

Cuando la luz de la mañana comenzó a penetrar por la ventana, apagaron los candelabros. Temprano, porque estaban deseando salir en busca de los esqueletos, despertaron a las chicas y abandonaron los seis la habitación.

Danny y Estelle se habían vestido ya, pero Robin y Trevor seguían en slip, Christie en ropa interior y Roxana en camisón. No fue por mucho tiempo, sin embargo, porque se introdujeron todos en la habitación de Trevor y Roxana, y éstos se vistieron. Después fueron a la habitación de Robin y Christie, y éstos se vistieron también.

A continuación, se dirigieron todos hacia la larga escalera y bajaron al vestíbulo. Robin, Trevor y Danny esgrimían los atizadores del fuego de las chimeneas de sus respectivas habitaciones.

Justo en el instante en que pisaban el suelo del vestíbulo, la campana dejaba oír su siniestro tañido, lo que hizo gritar a Estelle, Christie y Roxana.

—¡Calma, chicas! —rogó Robin.

—¡Están llamando! —exclamó Christie, abrazada a él.

—¡Pues abriremos! —dijo Trevor.

—¡Pueden ser los esqueletos! —temió Roxana.

—¡Ojalá! —deseó Danny—. ¡Si son ellos, los vamos a hacer pedazos! —aseguró, agitando su atizador.

—¡Tengo miedo! —confesó Estelle.

—¡Vamos por ellos, muchachos! —indicó Robin, corriendo hacia la puerta.

Trevor, Danny y las chicas le siguieron.

Robin alcanzó la puerta, levantó el atizador y abrió.

La persona que había hecho sonar la campana dio un salto hacia atrás al verse amenazada con un atizador.

—¿Qué hace? —exclamó, con cara de susto.

Era una mujer.

De mediana edad.

Ni guapa ni fea.

Robin, Trevor y Danny la observaron, igual que Christie, Roxana y Estelle. Observaron, también el Mini que se hallaba detenido junto al Ford Fiesta de Trevor y el flamante Opel Monza de Danny.

Evidentemente, el pequeño coche debía ser de la mujer.

—¿Quién es usted? —preguntó Robin.

—Me llamo Berta —respondió la mujer—. Era la sirvienta del señor McLeod, que en paz descanse, y sigo ocupándome de la casa. Desde que él murió no duermo en la mansión, sino en Glasgow. Vengo por las mañanas, hago la limpieza y regreso a Glasgow. No quiero quedarme sola por las noches en esta casa.

—¿Por qué? —preguntó Trevor.

—Bueno, es una casa muy grande, ubicada en un lugar solitario, y una mujer sola… Lo comprenden ustedes, ¿verdad?

—Sí, claro —respondió Robin, que había bajado el atizador.

También Trevor y Danny habían bajado los suyos al ver que era una mujer quien había llamado.

La sirvienta, más tranquila ya, preguntó:

—¿Son ustedes los herederos?

—Sólo dos de nosotros lo somos —respondió Trevor—. Yo, que me llamo Trevor Lowell, y ella —señaló a su prima—. Se llama Estelle Jones. Éramos sobrinos del señor McLeod.

—Me alegro de conocerles —sonrió la mujer.

—Dígame una cosa, Berta. ¿Estuvo ayer aquí?

—Sí, señor Lowell. Vengo todos los días.

—¿Y cerró la puerta con llave cuando se marchó?

—Por supuesto.

—¿Está segura, Berta?

—Oh, sí, desde luego. ¿Por qué lo pregunta, señor Lowell?

—No estaba cerrada con llave, cuando nosotros llegamos.

-¿Qué?

—Y fue una suerte, porque nosotros no tenemos llave. Pensábamos que habría alguien en la casa, por lo que no nos preocupamos de pedirle una llave al abogado de nuestro tío. Porque él debe de tener una, ¿no?

—Claro —asintió la sirvienta.

—¿Alguien más tiene la llave, Berta?

—No, señor Lowell. Solamente el señor Wilson y yo. Hoy no utilicé la mía porque, al ver dos coches parados frente a la casa, creí más oportuno llamar. Supuse que serían ustedes, los herederos del difunto señor McLeod, que habían venido a ver la mansión. Lo que no comprendo es por qué no estaba la puerta cerrada con llave cuando llegaron ustedes.

—Alguien quería que no tuviéramos problemas para entrar cuando llegásemos, porque así podríamos leer lo que escribió detrás de la puerta.

-¿Eh?

—Pase usted y léalo también, Berta —pidió Trevor.

La sirvienta entró en la casa y miró detrás de la puerta.

Al leer lo que había escrito, dilató los ojos, dejó escapar un gemido de terror y se desmayó.

CAPITULO XII

De no haber sido por Robin, que reaccionó con rapidez, la sirvienta del difunto Richard McLeod se hubiera estrellado contra el suelo, porque se desplomó como una cosa muerta.

Por fortuna, Robin la sostuvo y evitó que se lastimara.

—¡Se ha desvanecido! —exclamó Christie.

—¡Seguro que conoce la leyenda! —dijo Estelle.

—¡Pobre mujer! —exclamó Roxana.

—¡Sentémosla en un sillón, Robin! —indicó Trevor.

—¡Qué susto le hemos dado! —dijo Danny.

Robin llevó a la sirvienta al mismo sillón que utilizara Trevor para darle los azotes a Estelle, y la sentó en él. Después le palmeó las mejillas, para reanimarla.

—¡Despierte, Berta!

La sirvienta entreabrió los ojos.

—Los esqueletos vivientes... —musitó, medio atontada todavía.

—Conoce usted la leyenda, ¿verdad? —preguntó Trevor.

—¿Qué?

—La leyenda de los esqueletos vivientes. Le habló nuestro tío de ella, ¿no es cierto?

La mujer dio un violento respingo en el sillón.

—¡Los esqueletos vivientes! —chilló, con gesto de terror.

Robin tuvo que sujetarla por los hombros.

—Tranquila, Berta.

—¡Déjeme, por favor! ¡Quiero irme! ¡Quiero regresar a Glasgow!

—¿Por qué? ¿Acaso cree usted en esa leyenda estúpida? —preguntó Trevor.

—¡Naturalmente que creo!

—Nuestro tío se reía de ella.

—¡Pero yo no!

—Déme una razón, una sola, para creer en los esqueletos vivientes.

—¡Podría darle muchas, señor Lowell, porque he dormido varios años en esta mansión! ¡He oído ruidos extraños por las noches! ¡Y han pasado cosas muy raras! ¡Siempre por las noches!

—¿Qué cosas, Berta? —preguntó Trevor.

—¡Hechos inexplicables!

—¡Imaginaciones suyas, Berta! —opinó Trevor.

—¡Eso decía su tío, pero yo sé que no lo imaginaba! ¡Me he pasado noches enteras sin pegar ojo, señor Lowell! ¡Esa es la razón de que me vaya a dormir a Glasgow desde que falleció el señor McLeod! ¡No pasaría una noche sola en esta mansión ni por un millón de libras! ¡Me moriría de terror!

Robin, Trevor, Danny y las chicas se miraron entre sí.

Christie, Roxana y Estelle se veían muy asustadas, porque las palabras de la sirvienta parecían echar por tierra la teoría de que todo lo sucedido la noche pasada era una pura farsa.

Berta saltó del sillón y dijo:

—¡Lo siento, pero dejo el empleo! ¡No volveré a poner los pies en esta casa maldita! ¡Y les aconsejo que hagan lo mismo, después de la amenaza de los esqueletos vivientes!

¡Si no abandonan la mansión, pueden morir todos!

—Espere un momento, Berta —rogó Trevor.

—¡No, señor Lowell, ni un segundo más! —respondió la sirvienta, y corrió hacia la puerta.

—¡Berta!

La aterrada sirvienta no se detuvo.

Abrió la puerta, salió de la casa, se introdujo rápidamente en su Mini y se alejó a toda prisa de «La mansión de los esqueletos vivientes».

***

Durante un par de minutos nadie habló.

Por fin, Estelle rompió el silencio, diciendo:

—Creo que debemos seguir el consejo de Berta, Trevor.

—No, no vamos a irnos de aquí sin aclararlo antes todo —respondió el rubio.

—¿Es que no has oído lo que ha dicho la sirvienta?

—Lo he oído, pero no me ha convencido.

—A mí tampoco —intervino Robin—. Puede que le hayan pagado para que dijera eso.

—¿Pagado? —exclamó Christie.

-Sí.

—¡Se desmayó cuando leyó la amenaza de los esqueletos vivientes! —recordó Roxana.

—Apuesto a que fue un desmayo fingido.

—Y yo —dijo Trevor.

—Desde luego, se recobró muy pronto —observó Danny.

—Forma parte de la farsa, estoy seguro —dijo Robin.

Estelle, Christie y Roxana volvieron a dudar.

Trevor interrumpió sus pensamientos, indicando:

—Empecemos a buscar a los falsos esqueletos, muchachos.

***

La búsqueda había sido tan exhaustiva como infructuosa.

Habían registrado la casa de arriba abajo, sótano incluido, y no habían hallado ni rastro de los esqueletos, falsos o auténticos.

En la mansión volvía a haber luz eléctrica, pues lo primero que hicieron, antes de empezar el registro de la casa, fue conectar de

nuevo los fusibles.
—Aquí no hay nadie, Trevor —dijo Robin, cuando el registro concluyó.
—Es evidente que se han ido —rezongó Lowell—. Pero volverán a la noche.
Estelle dio un respingo.
—¿Estaremos todavía aquí?
—Naturalmente. Vinimos a pasar el fin de semana, ¿no? —recordó su primo—. Llegamos viernes por la tarde, hoy es sábado, y nos iremos mañana, domingo, después de almorzar.
—Eso es un fin de semana completo, sí, señor —dijo Robin, sonriendo.
-Yo tengo hambre —confesó Trevor—. ¿Vosotros no?
—Yo tengo tanta que me comería un toro —respondió Danny.
—¿Con cuernos y todo? —preguntó Robin.
—No, los cuernos los chuparía solamente, como aperitivo.
—¡Bravo! —exclamó Trevor, riendo.
Robin y Danny rieron también.
Christie, Roxana y Estelle se limitaron a sonreír, porque ganas de reír, la verdad, no tenían.
Temían la llegada de la noche.
Y con razón, porque los esqueletos vivientes se las iban a hacer pasar canutas a los seis, por haber hecho caso omiso de su amenaza.

***

En cuanto empezó a oscurecer, y la luz diurna dejó de penetrar por las ventanas, Robin, Trevor y Danny encendieron sendos candelabros, por si los esqueletos quitaban nuevamente los fusibles.
Durante la cena no ocurrió nada.
Y tampoco en el tiempo que permanecieron en el salón, tomando café y una copa de licor.
Trevor consultó su reloj y dijo:
—Creo que debemos irnos ya para arriba. , —Todos a la misma habitación, supongo —repuso Estelle.
—Desde luego, prima. Así estaremos más seguros. Ya viste que anoche, estando todos juntos no pasó nada.
—Ni bueno ni malo —murmuró Danny.
—¿Qué quieres decir? —preguntó Trevor.
—Pues hombre, que si una pareja no está a solas, pocas cosas puede hacer...
Estelle le arreó un codazo.
—¿Cómo puedes pensar en eso, en estas circunstancias?
—Bueno, yo... —tosió su novio.
Robin y Trevor rieron con ganas.

Y, en esta ocasión, Christie y Roxana unieron su risa a la de ellos.

Después se fueron todos para arriba.

Habían alcanzado ya el corredor, cuando las luces se apagaron de pronto. Pero como llevaban los tres candelabros, con todas las velas encendidas, el corredor siguió iluminado.

A pesar de ello, Christie, Roxana y Estelle emitieron sendos gritos de terror.

—¡Ya están aquí! —exclamó Danny.

—Sí, han vuelto —rezongó Trevor—. Dije que lo harían, ¿no?

—Y no te has equivocado —habló Robin.

—Me pregunto por dónde habrán entrado —masculló Danny—. La puerta tiene los cerrojos echados. Ni siquiera con una llave se podría abrir.

—A lo mejor la han atravesado —murmuró Roxana, temblorosa.

Trevor la miró severamente.

—Vuelve a decir otra tontería como ésa y te doy una bofetada.

—Perdona, se me escapó.

—Entremos cuanto antes en la habitación —apremió Estelle.

—Sí, rápido —dijo Christie.

Se introdujeron los seis en la habitación de Estelle y Danny, como la noche anterior. La ventana, inexplicablemente, estaba abierta de par en par.

Ellos, desde luego, no la habían dejado así.

Por la ventana, al abrir la puerta de la habitación, entró una ráfaga de viento y las velas de los tres candelabros se apagaron, antes de que nadie pudiera cerrar la puerta.

Al verse totalmente a oscuras, Christie, Roxana y Estelle se pusieron a chillar. Pero cuando chillaron las tres de verdad fue cuando vieron surgir a los esqueletos vivientes.

¡ Y eso fue en seguida!

CAPITULO XIII

Eran dos.

Y habían surgido del baño.

Al verlos, Robin se olvidó de encender las velas de su candelabro con su mechero y rugió:

—¡A ellos, muchachos!

Trevor y Danny se olvidaron también de sus candelabros y fueron junto con Robin a hacer frente a la pareja de esqueletos vivientes, con los atizadores en alto.

La extraña fluorescencia de los huesos de los esqueletos les sería de guía, por lo que pudieron ir directamente hacia ellos, a pesar de la oscuridad que envolvía la habitación.

Christie, Roxana y Estelle no dejaban de chillar, aterrorizadas.

Los dos esqueletos que habían surgido del baño esperaron a que Robin, Trevor y Danny se aproximaran. No parecían tenerles ningún miedo, se sentían tranquilos y seguros.

Robin fue el primero en llegar hasta ellos.

—¡Tomad, malditos! —rugió, y se dispuso a golpearles con el atizador.

Justo en ese momento, un chorro de gas, o algo parecido, cayó sobre el rostro de Robin. El gas, o lo que fuera, despedía un olor fuerte, penetrante, difícil de soportar.

Robin se puso a toser como un caballo.

Y lo peor no fue eso, sino que se sintió débil de pronto y se desplomó. Intentó levantarse, pero le fue imposible, porque el maldito gas, o lo que fuese, le había dejado sin fuerzas.

Trevor y Danny corrieron la misma suerte en cuanto se plantaron delante de los dos esqueletos. Sendos chorros de gas o de *spray* cayeron sobre sus caras, y ambos empezaron a toser como camellos y se derrumbaron, sin fuerzas para sostenerse en pie.

Al oírlos toser como mulas a los tres, y desplomarse, el terror de Christie, Roxana y Estelle rebasó ya todos los límites, pues pensaron que los dos esqueletos vivientes habían hecho uso de algún poder sobrenatural para reducir a Robin, Trevor y Danny.

De repente, aparecieron dos esqueletos más.

Estos habían entrado por la puerta, que seguía abierta.

Estelle no pudo resistirlo y se desmayó, cayéndose en redondo.

Era su tercer desmayo, desde que llegara a la mansión.

Roxana no era tan propensa a los desvanecimientos, pero también se desmayó. Apenas un par de segundos después que Estelle.

Poco después, era Christie la que se desplomaba como un saco.

Tampoco había podido resistirlo.

Y es que cuatro esqueletos vivientes, eran muchos esqueletos.

***

El gas, el *spray,* o lo que fuera, había dejado inconscientes a Robin, Trevor y Danny.

Cuando se despertaron, los tres casi al mismo tiempo, se encontraron tirados en el suelo, atados de pies y manos, y sin más ropa encima que sus respectivos slips.

Christie, Roxana y Estelle yacían junto a ellos, igualmente atadas de pies y manos, y prácticamente desnudas, pues sólo conservaban sus respectivos pantaloncitos.

Las tres continuaban desvanecidas.

Robin, Trevor y Danny pudieron comprobar todo esto porque la habitación ya no se hallaba totalmente a oscuras. Había dos velas encendidas, una en cada extremo de la habitación, y aunque no era mucha la luz que hacían, al menos rompían un poco las tinieblas que envolvían la estancia.

La ventana había sido cerrada, así que las velas no corrían peligro de apagarse. También la puerta de la habitación estaba cerrada.

Los esqueletos vivientes habían desaparecido.

—¿Qué diablos han hecho con nosotros? —exclamó Trevor.

—Dejarnos poco menos que desnudos, ya lo ves —rezongó Robin.

—¡Malditos!

—Me escuece la garganta como un demonio —dijo Danny—. Y las fosas nasales.

—A mí también —gruñó Robin—. Es a causa del gas que ingerimos.

—Buena nos la jugaron, los muy bastardos —masculló Trevor—. Nos cazaron como conejos.

—¿Qué pensarán hacer con nosotros? —preguntó Danny.

—Nada bueno, así que mejor será que intentemos soltarnos antes de que vuelvan —dijo Robin.

Se pusieron a forcejear los tres con sus respectivas ligaduras.

Poco después Christie, Roxana y Estelle se hallaban también despiertas. Al verse tiradas en el suelo, atadas y casi desnudas, volvieron a llenarse de terror.

—¡A la primera que grite le arreo un mordisco en el culo y me llevo media nalga! —advirtió Robin.

Las chicas, que ya se disponían a chillar, se frenaron a tiempo.

—Eso está mejor —sonrió Trevor.

Christie se mordió los labios nerviosamente.

—¿Qué nos van a hacer, Robin?

—Nada, si conseguimos soltarnos.

—Si me hubieras hecho caso, Trevor... —murmuró Estelle.

—Saldremos de esto, prima, no temas. ,

—Los esqueletos vivientes cumplirán su amenaza y nos matarán a

todos —dijo Roxana, con voz trémula.
—Si vuelves a decir eso no me acuesto más contigo —amenazó Trevor.
Robin emitió una risita,
—Qué duro eres, rubio.
—Más duro que tú, que amenazas con llevarte media nalga de un mordisco —repuso Trevor.
—Muy bien contestado —rió Danny.
Siguieron trabajando los tres con las ligaduras.
Los habían atado fuerte, pero con un poco de suerte...
No la tuvieron, porque la puerta se abrió de pronto y los cuatro esqueletos vivientes penetraron en la habitación.
Christie, Roxana y Estelle se olvidaron de la amenaza de Robin y se pusieron a chillar, horrorizadas.
Los esqueletos, vivientes avanzaron hacia ellas, aumentando su terror.
—¡Dejadlas, farsantes! —rugió Robin—. ¿Por qué no probáis a asustarnos a nosotros, payasos?
—¡Sabemos que todo esto es una burda comedia! —añadió Trevor.
—¡No toquéis a las muchachas, cobardes! —gritó Danny.
Los esqueletos no hicieron caso y agarraron del cabello a las chicas, para arrastrarlas por la habitación. Tres de ellos hicieron eso, y el cuarto se dedicó a toquetear a las muchachas, para acentuar su terror.
Los chillidos de Christie, Roxana y Estelle eran ensordecedores.
Robin, Trevor y Danny, coléricos, redoblaron sus esfuerzos por vencer la resistencia de las ligaduras.
El primero en conseguirlo fue Robin.
Los esqueletos no vieron que tenía las manos libres.
Robin se desató los pies en un santiamén, aunque con disimulo, porque quería ayudar a Trevor y a Danny a desatarse, antes de lanzarse sobre los esqueletos.
Estos, distraídos con las chicas, no advirtieron lo que sucedía hasta que vieron brincar del suelo a Robin.
—¡Ahora veréis, hijos de perra!
Trevor y Danny tenían las manos libres, pero aún tenían que desatarse los pies, por lo que Robin atacó a los esqueletos, tumbando a uno de ellos de un tremendo puñetazo en la cara.
Era el que había estado toqueteando a las muchachas.
Los otros tres soltaron a las chicas y se lanzaron sobre Robin.
Este derribó a otro esqueleto de un zurdazo, pero a cambio recibió un puñetazo en el pómulo y también él cayó al suelo.
Por fortuna, Trevor y Danny se habían desatado ya los pies y se irguieron con prontitud, atacando a los dos esqueletos que continuaban en pie.

Los dos esqueletos tumbados por Robin se estaban incorporando ya.

Robin se levantó también y reanudó la lucha.

Uno de los esqueletos intentó golpearle en el rostro, pero Robin esquivó el puño y respondió con un trallazo a la mandíbula, derribándolo nuevamente.

El otro esqueleto le atizó un puñetazo en el mentón, pero Robin no perdió la verticalidad esta vez. El esqueleto quiso repetir el golpe, aunque sin suerte, ya que la rodilla de Robin ascendió veloz y se incrustó en el bajo vientre de su rival.

El esqueleto aulló, demostrando que entre las piernas tenía algo más que huesos. Naturalmente, se desplomó en el acto, ahogado de dolor.

Robin le descargó un puño en la nuca y el esqueleto dejó de aullar, quedando inmóvil, porque había perdido el sentido.

Trevor y Danny peleaban muy bravamente también.

Recibían puñetazos, pero menos de los que ellos propinaban.

Y una cosa había quedado ya muy clara: no peleaban con esqueletos, sino con hombres disfrazados de tales.

Hombres que se quejaban cuando recibían un golpe el estómago, en el hígado, en la boca o en los genitales.

Robin dejó inconsciente a otro falso esqueleto viviente.

Casi al mismo tiempo, Trevor hacía lo propio con el tipo que se las estaba viendo con él. Y, tan sólo un par de segundos después, Danny tumbaba al último de los individuos, que ya no pudo levantarse.

Christie, Roxana y Estelle ya no chillaban.

Habían oído gritar a los esqueletos.

Y los habían visto derrumbarse.

Robin, Trevor y Danny habían ganado la pelea.

Poco después, y con más luz ya en la habitación, Robin le arrancaba el magnífico disfraz a uno de los tipos y decía:

—De esqueletos vivientes nada, chicas. Son hombres de carne y hueso, como nosotros.

EPILOGO

Las ropas de los seis estaban debajo de la cama.

Se vistieron, ataron a los cuatro falsos esqueletos, y luego los obligaron a confesar.

Como ya suponía Trevor, los tipos cumplían órdenes de Charles Wilson, el abogado de su difunto tío, quien tenía un comprador para la mansión y esperaba venderla a un precio mucho más alto del que hubiera dicho a los sobrinos de Richard McLeod.

El abogado pensaba que, aterrorizando a los herederos, éstos le encargarían inmediatamente la venta de la mansión y aceptarían cualquier precio por ella.

Berta, la sirvienta, había sido comprada por él, como ya adivinara Robin. Su desmayo fue fingido. Una perfecta actuación teatral.

En la mansión no había más.

Berta estaba en Glasgow y Charles Wilson en Londres.

Ambos fueron detenidos por la policía, poco después que Robin. Trevor y Danny y las chicas entregaron a los cuatro falsos esqueletos a los agentes de la ley en Glasgow y explicaron lo sucedido.

El abogado y la sirvienta no tuvieron más remedio que confesar también, y, junto con los cuatro individuos contratados por Wilson, quedaron a la espera de recibir una sentencia que sin duda sería bastante dura.

Estelle y Danny regresaron a Londres.

Robin, Christie, Trevor y Roxana volvieron a Liverpool.

Ninguno tenía ganas de regresar a la mansión, a pesar de que había quedado demostrado que no había esqueletos vivientes en ella. Y quizá no los había habido nunca.

Pero la leyenda, cierta o no, estaba ahí y causaba respeto.

Antes de separarse, Trevor y Estelle decidieron vender la mansión.

Era lo mejor.

Obtener una importante suma de dinero por ella y disfrutar de la vida.

Ya en Liverpool, y en el apartamento de Christie, Robin propuso: —¿Qué te parece si hacemos el amor, para olvidarnos de los esqueletos vivientes?

—Me parece bien. Pero me parecería mejor si antes me dijeras una cosa.

—¿El qué?

—Que te casarás conmigo.

—Cuando tú quieras.

—¿En serio?

—Si, elige tú la fecha.

—¡Oh, Robin! —exclamó la muchacha, abrazándole fuertemente.

Stack la besó y dijo:

—Te quiero, Christie. Siempre te he querido, aunque tú no lo creyeras.

—Ahora sí te creo, Robin —sonrió amorosamente ella.

Volvieron a besarse, más largamente que antes.

Minutos después se amaban con más ganas que nunca.

FIN